

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CONVERSIÓN DE UN COMUNISTA
DE UN ASESINO Y DE UNA CIEGA Y SORDA**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Fred Copeman

Alejandro Serenelli.

Ataques contra María.

El crimen.

En el hospital.

Muerte de María.

Los funerales.

En la cárcel.

Declaración y retractación.

Vida carcelaria.

El sueño.

Declaración de Noto.

Libertad.

Libertad vigilada.

Navidad con Asunta.

Nueva ratificación.

Con los capuchinos.

Muerte ejemplar.

Carta de Alejandro a los jóvenes.

Ejemplo de Ghandi.

Benedetta Bianchi.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos poner de manifiesto las vidas de tres personajes que nos pueden ayudar a ver la vida desde una perspectiva distinta a como la hemos estado viendo hasta ahora. En primer lugar, presentamos a Fred Copeman, un inglés perteneciente al partido comunista y que luchó contra Franco en la guerra civil española, formando parte de las brigadas internacionales con 400 ingleses a su mando como comandante. Después se desencantó del comunismo en el viaje que le regalaron para visitar Rusia con el fin de animarlo a seguir por ese camino como tantos otros. Después nos refiere que buscó un sentido a su vida fuera del comunismo y se convirtió a la fe católica, trabajando y ayudando a los demás en diferentes tareas y siendo un buen padre de familia con su esposa e hijas.

En segundo lugar presentamos a Alejandro Serenelli, el asesino de santa María Goretti, que llevado de la pasión sexual quiso que ella lo aceptara y, como no lo consiguió, se dejó llevar de la furia y la mató, dándole 14 puñaladas graves con un punzón de hierro. Pero como él mismo nos dice, estando en la cárcel, tuvo un sueño en el que se le apareció la misma María Goretti, diciéndole que lo perdonaba y quería tenerlo con ella en el cielo. Él se convirtió y, a partir de ese día, cambió su conducta y vivió más en paz el resto de su condena. Cuando cumplió 27 años de cárcel fue liberado y pidió perdón a la madre de María Goretti y a sus hermanos. Hasta el fin de sus días vivió dedicado a Dios y a la oración en un convento de capuchinos como trabajador seglar.

Por último presentamos a Benedetta Bianchi, a quien probablemente algún día la Iglesia la pueda ensalzar como beata, ya que con todas sus enfermedades: parálisis de las piernas, sorda, ciega y casi muda, se convirtió en un viaje a Lourdes y aceptó su cruz y se dedicó a servir y ayudar a los demás desde su cama de enferma paralizada, pero siendo su tarea muy fecunda por medio de las oraciones y de los sufrimientos ofrecidos al Señor.

En los tres casos, Dios se manifiesta a nuestros ojos como un Papá que nos cuida y sigue nuestros pasos. Y basta que tengamos buena voluntad y le pidamos ayuda para enmendarnos y mejorar, y él estará a nuestro lado. Él quiere santificarnos y hacernos, si no santos de altar, por lo menos católicos de verdad, comprometidos en ayudar y servir a los demás y ser así ejemplos de amor y paz para todos.

FRED COPEMAN

Nació el 1 de marzo de 1907 en la enfermería del asilo de Wangford en Beccles en el condado de East Suffolk, en Inglaterra. Fue inscrito como hijo de padre desconocido. Su madre Bessie (diminutivo de Elizabeth) era pobre y sordomuda. Tuvo un hermano, George William, que vino al mundo un año más tarde. Su hermano George se crió en la residencia para niños, mientras él permaneció con su madre, teniendo que dormir en el pabellón de los hombres, entre adultos. A los siete años salió por primera vez del asilo donde estaba y por su modo de tener cortado el cabello y por su ropa, todos los compañeros de la escuela se reían de él. Él era peleón desde pequeño y se batía a puñetazos con los que no lo aceptaban. Dejó de ir a la escuela y se pasaba el tiempo que debía estar en clase en pasear por los parques. A los nueve años le encomendaron tareas laborales propias de un adulto en la granja. Hasta 1918 solo veía a su hermano los domingos.

Después, al darse cuenta de que no iba a la escuela, le obligaron a asistir y de ahí fue a la escuela preparatoria naval de Watts en Norfolk, un centro profesional para la formación previa para el ingreso en la Armada. A partir de entonces, se separó para siempre de su madre. En 1924 su hermano George se fue a Canadá como obrero agrícola y nunca más volvieron a saber uno del otro.

Con 15 años se embarcó en un buque de la Armada con destino a Malta. Allí conoció los prostíbulos para marineros y las consecuencias de las enfermedades venéreas. Como era pleitista, un día metió un cartucho en la estufa y explotó. Por ello le castigaron 21 días en la prisión militar de Corradino.

Cuando había boxeo en la Armada, él también participaba y consiguió una merecida fama como boxeador. Como marinero, recorrió varios puertos del Mediterráneo, tanto europeos como africanos. Tomó parte en la huelga que hicieron los marineros, porque con motivo de la Gran Depresión, hubo recortes de salarios, pero mientras a los oficiales apenas les redujeron un 7%, a los marineros les rebajaron el sueldo un 23%. Por ese motivo a los cabecillas los destinaron a lugares distantes y al final los licenciaron.

Fred pasó a la vida civil y en febrero de 1933 planificó una gran concentración ante el Ayuntamiento del suburbio londinense de West Ham. Por ello fue detenido y condenado a dos meses de prisión. En otro arresto le pusieron tres meses de cárcel y en un tercero cuatro meses.

Cuando explotó la guerra civil española en 1936, de diferentes países fueron 5.000 voluntarios para apoyar al gobierno republicano, Fred se fue de voluntario y lo nombraron comandante de un contingente de 400 ingleses. En dos

ocasiones resultó herido, primero levemente en la cabeza y después en una mano. Regresó a Londres en agosto de 1937 para captar nuevos voluntarios. Él pertenecía ya al partido comunista y creía que defendía la libertad y la igualdad de todos, sin que hubiera clases de ricos y pobres.

Regresó a España. El 26 de diciembre de 1937 tuvo un ataque de apendicitis y tuvieron que operarlo a vida o muerte. Fue evacuado a Alcañiz el 14 de marzo de 1938, después al Hospital de Benicassim y lo declararon inútil para el servicio. Se fue a Barcelona, donde se despidió de los grupos de las Brigadas internacionales que allí había y se fue Londres.

El 21 de mayo de 1938, todavía convaleciente, se casó en el ayuntamiento con Kitty. A la boda asistieron un buen grupo de invitados de asociaciones importantes de la izquierda británica. Y quedó encargado de la organización de la asistencia a los huérfanos y viudas de los brigadistas que habían muerto o quedaron heridos en España. En la guerra murieron 500 brigadistas ingleses.

Cuando en septiembre de 1938 se celebró en Birmingham el 15 Congreso del partido comunista, fue nombrado miembro vocal del Comité ejecutivo. Como premio recibió con algunos otros un viaje oficial pagado a Rusia. El paseo por rutas preestablecidas sin que se pudieran escapar por su cuenta, consistía en visitar las cosas buenas de Moscú, los balnearios del Mar Negro y Leningrado. No podían salirse de los hoteles oficiales y los llevaban a visitas de museos y lugares emblemáticos de la Revolución rusa. Fred se las arregló para zafarse del control oficial y asomarse a una Rusia sin libertades; envuelta en una extrema pobreza y desigualdad con todo por hacer. La catadura moral y personal de muchos a los que antes había idolatrado, lo desilusionó tanto como el ver a los compatriotas que vivían en la URSS rebajados al papel de meros criados o espías¹. El pacto germano-soviético, imposible de digerir para él, que había arriesgado la vida enfrentándose al fascismo, fue la gota que colmó el vaso para desilusionarse del comunismo.

El 7 de septiembre de 1940 la gente de Londres no necesitaba charlas sino refugios contra los bombardeos nazis. En 1941 el ministerio de seguridad interior le propuso hacerse cargo de los refugios subterráneos que iban a ser construidos exprofeso en Londres con una capacidad cada uno de unas 12.000 personas. Estos refugios se abrieron en 1944, cuando comenzaron los ataques de las bombas voladoras, salvando así muchas vidas. En 1944 se dio de baja del partido y fue elegido concejal del distrito de Lewisham el 1 de noviembre de 1945. Este mismo año comenzó su preparación para el bautismo por su conversión al catolicismo. Por su pasado comunista le fue vetada oficialmente la entrada en

¹ Fred Copeman, *La razón en marcha*, Ed. Renacimiento, 2022, p. 33.

Estados Unidos. Desde entonces, él se dedicó especialmente a su familia y a vivir tranquilamente con su esposa y su cuatro hijas. Murió el 16 de noviembre de 1983. Su cadáver fue cremado. Su muerte apenas trascendió el círculo íntimo familiar y de algunas amistades.

Por experiencia propia afirma: Todavía millones de personas consideran el comunismo como la respuesta a las ansias seculares de los seres humanos de conseguir un modo de vida que dé completa satisfacción a todas las necesidades y que consiga a la vez todas las libertades del individuo, indispensables para su felicidad. Sin embargo, ha fracasado hasta ahora como respuesta a todos estos anhelos y siempre fracasará porque supone desde mi punto de vista la negación absoluta de la libertad ². Mi ideal del perfecto comunista quedó destrozado en mil pedazos. Los trabajadores no sacarán nada de una filosofía que excluye categóricamente la bondad que brota de los corazones de los hombres ³.

Hemos anotado que nació en un asilo y que su madre era pobre y sordomuda. Él era el único niño entre todos los adultos, hombres y mujeres. La mayoría de las mujeres se dedicaban a la limpieza, lavandería y cocina. Las ancianas y enfermas hacían labores de cosido y bordado. Los que podían andar comían en el comedor principal y los menús eran muy mezquinos en cuanto a cantidad: una ínfima porción de margarina, un ración única de pan o un cazo muy escaso de lo que fuera. En el desayuno y en la hora del té se servía media pinta de un té muy flojo o de cacao. A la cena un tipo de sopa que a menudo cambiaba de color, pero no de sabor. Repollo hervido y patatas eran siempre el componente básico al mediodía. Nos servían tres comidas diarias.

El ser el único niño del asilo tenía sus ventajas, porque me permitía entrar en los campos de nabos o de rábanos y llenarme el hueco de la tripa, que sentía casi permanentemente y que no se satisfacía después de cada comida.

A los nueve años era muy alto para mi edad y me asignaron trabajar en la granja. Hice muchos amigos entrañables entre los animales, especialmente con alguna vaca y las tres cabras, pero nunca pude empatizar con los caballos. Uno de los pobres vagabundos del asilo me regaló un perro, Bonny, que me trajo algunos problemas por estar lleno de pulgas. Fue el amigo más fiel de mis primeros años. Cuando tenía entre 9 y 11 años, a menudo encontraba a mi madre fregando los pasillos de piedra que me parecían interminables, y ella perpetuamente de rodillas con sus manos bastas y doloridas. Por esta razón, ella apenas mostraba sus sentimientos y me causaba una pena inmensa, que iba a la par con el odio que sentía hacia quienes estaban mejor que nosotros. La

² Ib. p. 57.

³ Ib. p. 61.

comparaba con el director, con las cocineras o con las mujeres que trabajaban en sus talleres. Me parecía que todos estaban infinitamente mejor. Cómo los odié por esto ⁴.

A mi madre la veía llorar muchas veces, pero entonces no sabía la razón de su llanto. Nunca conocí a mi padre y, si es que existía, ella raramente lo mencionaba. Nunca olvidaré la humillación y el odio causado por las risas de los compañeros el primer día de clase. De toda la clase solo una chica me ofreció su amistad. Su nombre era Mary. Transcurrieron muchas semanas antes de que entrara en clase de nuevo. Tuve que volver porque las autoridades escolares habían dado parte al asilo de mi ausencia. Pasaba mi tiempo vagando por los campos o yendo hasta otros pueblos cercanos. Observaba la naturaleza. Estudiaba la organización de las hormigas, la actividad de las abejas o a los ratones de campo. El número de nabos y rábanos que me comí mientras hice novillos habría dado para alimentar a un rebaño entero de vacas.

Me obligaron a volver a la escuela y después de muchas peleas acabé por estar a gusto. El motivo de las risas era porque llevaba el pelo muy corto (en el asilo nos metían la maquinilla al cero) y también porque llevábamos pantalones de pana, una camisa azul, y un pañuelo rojo, un abrigo y una gorra también de pana. Era el único chico de la escuela con pantalones largos y la cabeza afeitada. A menudo comparaba mi miseria y la tristeza de mi gente con el confort y la felicidad del hogar de Mary y de su familia.

Después de haber sido expulsado de la Armada, decidí participar dentro de las brigadas internacionales en la guerra civil española a favor del gobierno republicano. Cuando regresé a Londres, fui invitado a visitar Rusia con otros compañeros con el fin de entusiasmarnos en pro de la revolución comunista. Fui invitado a visitar Rusia por pertenecer al partido comunista. Mi primera decepción fue el tren ruso al que nos cambiamos después de pasar Polonia. En Inglaterra ese tren habría estado en un museo. Era un gran amasijo caótico como una caravana de bueyes con una larga línea de chimeneas algunas de tres pies de alto, que atravesaban los techos de los vagones que en su mayoría tenían bancos de madera como asientos. A nuestra llegada a Moscú fuimos recibidos por una gran multitud. Me pidieron que diera un discurso y resalté la importancia de la lucha en España. Terminé con un ramo de crisantemos entre los brazos.

El hotel Metropol en el que nos alojamos tenía un mobiliario de estilo antiguo. Las alfombras raídas y todo el lugar daba la impresión de haber sido usado continuamente durante años sin que hubiera habido la posibilidad de renovar los muebles. Solían faltar a menudo los tapones de las bañeras y de los

⁴ Ib. p. 67.

lavabos. No se podía mantener agua suficiente en el aguamanil y terminé usando el jabón como tapón. Nuestras comidas las hacíamos separados de los demás huéspedes del hotel, aunque pasábamos por el comedor principal y su antesala. Mi idea del comunismo tenía su máxima expresión en el deseo de la distribución igualitaria de los bienes de este mundo, pero el hotel Metropol sugería que algunos rusos vivían muy por encima de los demás. Fuera de las avenidas principales de Moscú, solo había pequeñas y estrechas callejuelas sucias y tristes. El plan urbanístico de Moscú había consistido básicamente en construir las avenidas principales lo primero, lo que daba la sensación de ser una pantalla muy elaborada que cubría la miseria que había detrás ⁵.

Estaba ansioso de reunirme con algunos trabajadores en sus propios hogares, pero el programa de nuestra visita había sido tan minuciosamente organizado que pensé que sería avergonzar al Partido si solicitaba algo fuera de lo planificado. Fue al llegar a un gran taller con cientos de operarios, cada uno en su propio torno, cuando me llevaría la sorpresa más desagradable de todas. Conocía sobradamente la doctrina del trabajo a destajo. Cuando el intérprete empezó a explicarnos lo que significaban los cientos de pequeñas banderas rojas, cada una atada a un alambre, emplazadas en los tornos... Me di cuenta de las miradas de los operarios, cuando llevaron a nuestra delegación a ver a uno de aquellos muchachos más veloces. Yo creía haber entendido que el comunismo se había ganado la buena voluntad de los trabajadores gracias a lo justo de su causa, pero aquí se estaba aplicando todo un sistema de coacción y parecía como si la masa de los trabajadores no le dedicaran el más mínimo tiempo ⁶.

Además, lo miserable de la ropa de la gente nos chocaba de continuo. Se nos dijo que en aquel momento las factorías soviéticas estaban produciendo en masa y que no podían pararse en los detalles del colorido y del diseño ⁷. La manida cuestión de si estaba permitido ponerse en huelga, generaba siempre la misma respuesta de ¿quién querría hacerlo? Como sindicalista, yo nunca iba a ser capaz de aceptar este argumento ⁸.

Nuestro tour incluía Rostov, Karkhov y un balneario del Mar Negro. Esto nos supuso viajes en trenes atestados de gente durante dos o tres días. La falta de medios de transporte evidenciaba una carencia manifiesta. Se ponía más interés en construir buenos camiones que trenes de pasajeros y los que había eran tan incómodos que nunca habrían sido dados de paso en Inglaterra. Nuestro vagón con restaurante era un completo lujo comparado con el resto del tren en el cual todo el mobiliario consistía en simples grupos de bancos de madera, donde la

⁵ Ib. p. 274.

⁶ Ib. pp. 27-279.

⁷ Ib. p. 282.

⁸ Ib. p. 285.

gente hacía turnos para dormir. Me recordó la hora punta en la línea entre Charing Cross y Lewisham, la diferencia era que estas gentes pasaban así dos días y medio ⁹.

Recuerdo la catedral de San Basilio, justo enfrente del Kremlin, en la Plaza Roja. La comparaba en mi mente con el mausoleo de Lenin. No podía apartar de la cabeza que el partido a través del cuerpo embalsamado de Lenin y la continua veneración y alabanza hacia Stalin estaban intentando construir una especie de religión comunista paralela, asumiendo una de las mayores falacias de Karl Marx. Los seres humanos siempre anhelan algo superior. Las multitudes rusas no eran diferentes de las de ninguna otra parte del mundo. Pero disponían de alguna manera de un dios material propio con la misma dosis de profundo misterio de cualquier divinidad. Lenin les proporcionaba el misterio y Stalin el fervor ¹⁰.

1. Mi descontento con el partido alcanzaría su punto culminante una mañana cuando en Londres un miembro importante del partido entró en mi despacho. Me entregó un pedazo de papel que resultó ser una factura de un sastre por la compra de un traje por importe de 2 libras y 10 chelines. A la factura se le había añadido 1 libra más, haciendo el total 3 libras y 10 chelines. El recibo en cuestión provenía de Liverpool y se me recordó que en una reunión con miembros de la brigada yo les había proporcionado vales para la compra de ropa con el acuerdo implícito de que había que presentar los recibos justificándola. Yo tenía muy claro el asunto: uno de aquellos muchachos se había comprado un traje y luego había añadido el valor de una libra por alguna otra prenda que había adquirido al mismo tiempo. Me dijeron que debía denunciar el asunto a Pollit, miembro del partido. Fui a su despacho, le conté lo que había pasado y él parecía que no le daba importancia, pero se la dio y me dijo. ¿Por qué no te tomas un descanso? Quería despedirme. Esa fue la última vez que lo vi. En ese momento y en aquel lugar decidí que este sería el final de mi relación con el partido comunista ¹¹.

Cuando me comparaba con los auténticos cristianos noté que me faltaba algo importante. A mí me alteraba la menor cosa, mientras que estas personas tenían una fuerza interior tal que les hacía permanecer tranquilos ante los problemas, ya fueran grandes o pequeños. Durante toda mi vida, nunca había abandonado la creencia en un Ser Supremo, aunque no pude sustraerme a la tendencia de moda que sostenía que ya no iban a ser necesarias las creencias en

⁹ Ib. p. 295.

¹⁰ Ib. p. 300.

¹¹ Ib. pp. 308-309.

estos tiempos modernos. Había viajado mucho por todo el mundo y vivido un montón de experiencias como para pensar que yo pudiera bastarme a mí mismo, sin necesidad de nada ni de nadie.

Nunca me he considerado un débil ni física ni mentalmente y, aun así, sé que la vida hubiera sido insoportable para mí en algunos momentos, si no hubiera sido capaz de compartir mis problemas y recibir la ayuda de un Ser mucho más grande que todos nosotros. Con todo y con eso me había sido muy difícil —como a otros muchos que también creían en Dios— reconciliar.

Las enseñanzas de Cristo con las acciones de los cristianos. Sería mi incapacidad para superar esto lo que finalmente me condujera hacia la Iglesia católica. No digo que los católicos sean los únicos cristianos que viven de verdad su fe, porque muchos de ellos, incluyéndome a mí, no lo consiguen. Pero estoy convencido a pesar de todo que es la Iglesia católica la que me da más fuerza para intentar vivir como cristiano y obtengo una satisfacción dentro de ella que no podría obtener en ninguna otra parte ¹².

En noviembre de 1945 quedé sorprendido cuando me comunicaron que iba a ser incluido en la lista de condecoraciones de Año Nuevo del primer Ministro y que iba a ser nombrado nada menos que oficial de la Orden del Imperio británico. Nunca había soñado con alcanzar tal honor y esto me hizo sentir muy orgulloso. Ahora iba a ser Caballero de la Orden del Imperio británico.

Fue a principios de 1945, cuando empecé a sentirme atraído por el catolicismo. Las bombas volantes habían estado cayendo durante semanas y mi personal de superficie, el que controlaba los refugios subterráneos, comenzó a verse muy mermado. Me llamó la atención la actitud de la señora Margot Burridge, la cual, aunque aterrorizada cuando sonaban las sirenas de alarma, enseguida se aplicaba a sus tareas, venciendo temores. Al final, únicamente ella y yo de todos los que habíamos empezado persistimos en nuestro servicio. Yo sabía que era católica al igual que lo era el resto de su familia. Ella y su marido pronto serían dos de mis más íntimos amigos... Empecé a sentir la necesidad imperiosa de encontrar a alguien con quien poder hablar sobre la Iglesia católica y después de leer una serie de folletos, que me encontré en la catedral, tomé la decisión de conocer al padre Martindale. Como muchos otros, yo había quedado impresionado por la lógica y la elocuencia de sus escritos y sus mensajes radiofónicos. Conseguí una fecha para reunirme con él en su casa al lado de la iglesia de Farm Street. Ciertamente, esperaba encontrarme algo bien diferente a aquella sencilla habitación en la que me recibió, sólo con una cama y un

¹² Ib. pp. 341-342.

escritorio, iluminada por una pequeña lámpara de gas. Me sentí enseguida cómodo y relajado. Toda mi vida había luchado por mis ideas y, muy a menudo, había visto cómo la gente perdía interés en la lucha una vez que conseguían sus objetivos. Aquí estaba ante un hombre que yo esperaba encontrar, gracias a su preeminencia, rodeado de todo tipo de lujos y comodidades que el mundo pueda ofrecer, y que, sin embargo, vivía en una única habitación con las paredes llenas a rebosar de fotografías de gentes de todos los rincones de la tierra, a las que este tímido, pragmático y brillante sacerdote jesuita, había convertido en sus amigos.

Estuve visitándole regularmente durante meses. Nos sentábamos y hablábamos de la Iglesia, del Cristianismo y de mis propias creencias y, especialmente, sobre la lógica de la existencia de Dios. Aquí me había encontrado, por primera vez, con alguien preparado y capaz de ofrecer una prueba intelectualmente satisfactoria de su existencia. La fe que había tenido de niño y que en aquel entonces me había proporcionado algunos de los momentos más felices de mi vida, una fe que nunca había abandonado por completo, ni siquiera durante el periodo más intenso en la Brigada Internacional, volvió a resucitar. Una vez que mi confianza y creencia en la existencia de Dios se restablecieron, resultaba prácticamente inevitable que yo acabara aceptando a la Iglesia Católica como la Iglesia verdadera. Toda la lucha por la justicia social que había constituido mi vida, recibió, en ese instante, una justificación extra.

La belleza de la misa siempre me inspira, me da igual que sea la misa mayor de la catedral de Westminster o la de una pequeña capilla en la ladera de una montaña como la de Caux en Suiza. Su sencillez y sinceridad significan para mí mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Mi creencia y mi devoción por Dios son de un carácter íntimo y personal. Y, aunque siempre trataré de convencer a otros de la felicidad que he recibido de Él, no siento otra necesidad que la de proclamar lo agradecido que estaré siempre a aquellos que han tenido de un modo u otro, algo que ver con mi decisión de formar parte de la Iglesia.

Después de varios meses de catecumenado, hice mi primera comunión en Farm Street, durante la misa del Gallo de 1946, y me confirmé en la catedral de Westminster algunos meses más tarde. Con mi mujer Kitty y un pequeño grupo que incluía a Margot, a mis suegros, a la tía de mi mujer y a mi amigo Bernard Bell como testigos, me dirigí hasta el obispo de la mano de Lord Holden que, amablemente, se había ofrecido a ejercer de padrino en la ceremonia de confirmación. Fui confirmado con el nombre adicional de Pedro. Siempre san Pedro había sido mi héroe, desde que, cuando era niño, asistía a las clases

bíblicas dominicales; siempre me había sentido atraído por él, no sólo por su grandeza, sino también por las debilidades humanas que, evidentemente, tuvo ¹³.

Desde que he intentado poner en práctica los ideales del cristianismo, siento que he encontrado una mayor satisfacción dentro de mí. Mi familia es todo lo que tengo. Kitty y yo nos hemos esforzado mucho por construirla. Hemos tratado de asegurarnos de que las niñas crezcan y se conviertan en personas capaces de enfrentarse a los problemas que hay en el mundo. Los dos sostenemos por igual la casa y compartimos en lo posible las tareas habituales de la vida en familia ¹⁴.

Algunos consideran que el catolicismo es políticamente reaccionario. Yo soy de la opinión de que no hay documento escrito que exprese mejor entendimiento en las necesidades y aspiraciones de la clase obrera que las encíclicas *Rerum novarum* y *Quadragesimo anno* del Papa León XIII. No tiene culpa la Iglesia de que esas encíclicas sean las que menos hayan sido consideradas de todas las emitidas por Roma. El manifiesto comunista de Karl Marx no aporta nada que no podamos encontrar en alguna de las dos encíclicas. Y por encima de todo, ninguna de ellas se inspira en el odio como mecanismo ¹⁵.

Un católico cree por las razones que le parecen válidas y por la gracia de Dios que la Iglesia es una autoridad garantizada por la divinidad, que fue instituida por Cristo para enseñarnos. Por tanto, cuando enseña en nombre de Cristo, nosotros creemos que lo que enseña es la verdad ¹⁶.

ALEJANDRO SERENELLI

Alejandro Serenelli nació en Barcaglione, distrito de Paterno, el 2 de junio de 1882. Su padre fue Giovanni Serenelli y su madre Cecilia Mangoni. Era el último de una familia de ocho hijos. Fue bautizado el 3 de junio con el nombre de Alejandro, heredado de otro hermanito muerto antes que él a los dos años. Él escribió: *Cuando era niño y encontraba al sacerdote, acariciándome me decía: “Hola, precioso, yo te he bautizado, pero quizás te he puesto poca sal”* ¹⁷.

Mi hermano Gaspar entró al seminario a los 13 años. Estaba en pensión en una familia conocida e iba al seminario sólo a las clases. Un día hacía adoración ante el Santísimo Sacramento. La iglesia estaba desierta y había

¹³ Ib. pp. 345-347.

¹⁴ Ib. p. 349.

¹⁵ Ib. p. 357.

¹⁶ Ib. p. 381.

¹⁷ Alberti, *Alessandro Serenelli*, 2004, p. 23.

muchas velas sobre el altar. Una anciana presente tuvo un ataque de epilepsia y se cayó. Fue tanto el susto de Gaspar que, al regresar a casa, no se sintió bien. Fue internado en un sanatorio, pero después de varios mejoramientos y caídas, terminó sus días en el hospital psiquiátrico de Ancona ¹⁸.

Yo era pequeño cuando murió mi madre y no la recuerdo. Ella, según me ha dicho mi padre, murió en el manicomio de Ancona. Se había alocado por el disgusto que tuvo cuando mi hermano Gaspar se enfermó ¹⁹.

Cuando Alejandro vivía en Paterno, estaba en casa de un primo casado y creció bajo el cuidado de su esposa. Las primeras oraciones se las enseñó su padre. Para la confirmación la esposa de su primo lo llevó al sacerdote. Él dice: *Hice mi confirmación en Paterno el 15 de agosto de 1888. Ese día iba bien vestido y con zapatos blancos y el padrino me regaló un escudo de plata* ²⁰.

De seis a siete años asistió a la escuela por un año y medio. Al principio tuvo una maestra muy buena y religiosa que venía cada día de Ancona. A ella le debía la formación religiosa recibida en su infancia. Desgraciadamente pronto se enfermó y la sustituyó un maestro que también hacía de veterinario. Los castigaba y pegaba por cualquier motivo.

Su padre se trasladó a Torrette. En esta ciudad vivió en casa de su hermano Pedro, casado con María Gatti de Ancona. María hizo de madre para él. A veces, dice, *me reprendía porque frecuentaba en la calle compañeros no buenos, todos hijos de pescadores* ²¹.

A los 12 años, preparado por su cuñada y por el párroco, hizo la primera comunión en Torrette. En esta ciudad su padre, con un caballo y una carreta, transportaba mercancías a Roma, Maccarese y Fregene. En sus viajes a la capital contrajo la malaria y empezó a beber vino más de la cuenta. Alejandro se animó a ayudar a su hermano Pedro, que tenía un lanchón para transportar por mar mercadería. Él dice: *Comencé así mi vida en el mar, donde permanecí cinco años, aunque no aprendí a nadar por el carácter tímido y reservado. Los primeros meses los pasé con el lanchón de mi hermano Pedro. Después encontré un patrón mejor, un cierto Gilberto Ferretti, que pagaba regularmente. Me daba 10 liras a la semana, exactamente la mitad de la paga de los obreros* ²².

¹⁸ Ib. p. 24.

¹⁹ Ibídem.

²⁰ Ib. p. 26.

²¹ Ib. p. 29.

²² Ib. p. 31.

*El ambiente del mar no era el más propicio para una educación. Aparte de las blasfemias, los marineros consideran poco a la Iglesia. Decían: “A la iglesia se manda a las mujeres y a los hijos”. Ellos iban al casarse y en alguna circunstancia especial. María (mi cuñada) me animaba a ir a la iglesia, pero alrededor tenía otro ambiente. Además Ancona tenía fama de ser una ciudad subversiva: no querían ni sacerdotes ni gobierno*²³.

*Dios nunca me abandonó... Un día mi padre iba a viajar al Agro Romano. Antes de marchar quise ir a saludarlo a la estación de Falconara. Por esto ese día no fui a trabajar al mar. Aquel día hubo una gran tormenta y la embarcación sobre la que debía estar naufragó. El muchacho que tomó mi puesto se encontraba sobre cubierta y se ahogó. Los marineros, echados al agua, pudieron llegar a tierra. No puedo describir la escena de su madre, desolada, que reclamaba a su hijo. Y pensar que ella le había dado un huevo para que se embarcase y él, que no quería, aceptó el deseo materno. Los gritos de su madre los tengo todavía en la memoria. Dios me salvó. Él sea bendito*²⁴.

Durante el tiempo que fue pescador se alejó de las prácticas religiosas, porque el ambiente era malo, pero en Olevano las retomó, especialmente con ocasión de las Misiones, aunque tenía que hacer media hora de camino dos veces al día. De Olevano se trasladó con su padre a Colle Gianturco. No le gustaba jugar por la tarde con sus compañeros y los domingos prefería leer cualquier cosa y estar en casa.

Asunta dirá de él: *Alejandro era un joven físicamente bien desarrollado y robusto, asiduo al trabajo, respetuoso con su padre y conmigo. En cuanto a religión iba todos los domingos a misa y cada dos meses confesaba y comulgaba y cada tarde rezaba el rosario con nosotros. Era de carácter serio, frío y reservado, huía de la compañía de otras personas. Cuando no trabajaba, se encerraba en su habitación y creo que pensaba en sus lecturas*²⁵.

ATAQUES CONTRA MARÍA

Alejandro refiere: *La primera vez que intenté agredirla fue en el campo un mes antes de su muerte. Yo comencé a decirle palabras alusivas a mi intención deshonestas. Ella no me respondió y continuó su trabajo, pero alejándose de mí. Yo quedé confundido por su silencio y pocos minutos después, sin decirle nada, me acerqué y la abracé. Ella sin más se separó de mis brazos y los dos*

²³ Ib. p. 33.

²⁴ Ib. p. 34.

²⁵ Positio super martyrio, Roma, 1942, pp. 40-42.

continuamos trabajando y todo terminó. Pero le dije con cierta seriedad que no dijera nada a nadie. Creo que ella entendió mis intenciones, pero no me dijo nada. Y en los días siguientes me di cuenta que trataba de evitarme, aunque era imposible, porque nos encontrábamos cerca en el trabajo.

Unos quince días antes del delito volví al ataque, ya que cada día sentía más fuerte la pasión. María estaba en mi habitación, ordenándola, como acostumbraba; yo entré y, al estar solo con ella, aproveché para decirle algunas palabras más atrevidas que la primera vez. Y como ella estaba haciendo mi cama, me acerqué y traté de echarla sobre ella, pero ella se separó con fuerza y vi su miedo reflejado en su rostro. Viendo que no lo había conseguido, me fui y la dejé sola continuando con su trabajo. Pero antes de salir le hice seriamente la advertencia de no decir nada a su madre ni a nadie y la amenacé: “Si lo dices, te mato”. En aquel momento estaba verdaderamente agitado ²⁶.

EL CRIMEN

El 5 de julio yo estaba decidido a dar el tercer asalto y hacia las tres de la tarde, viendo a María en el rellano de la escalera exterior remendando mi camisa, pensé que era el momento oportuno. Bajé del carro de bueyes, pedí a Asunta que me sustituyera y yo me fui a la casa. Mi padre estaba delante del establo de los bueyes, acostado en tierra con un ataque de malaria. Le pregunté cómo estaba y subí las escaleras. Pasé por delante de María sin decirle nada y fui a un cuarto donde había un cajón con hierros viejos para tomar un arma. Encontré un punzón (de 23 centímetros y medio) que servía para coser escobas. Lo tomé y lo escondí, y volví donde María. Me acerqué a ella y la invité a entrar en casa. Ella no respondió ni se movió. Entonces la agarré brutalmente de un brazo y la arrastré hasta la cocina, que era la primera habitación. Cerré la puerta. Ella intuyó de inmediato que yo quería repetir el intento y me decía: “No, no, Dios no quiere, si haces eso vas al infierno”. Yo, al ver que no quería de ninguna manera acceder a mis brutales deseos, me enfurecí y con el punzón comencé a golpearla. En aquel momento yo entendía bien que quería hacer una acción contra la ley de Dios y la mataba, porque se oponía. Le alcé el vestido para realizar mis deseos, pero ella me reprendía y se movía y comencé a herirla en el vientre. Recuerdo bien que, cuando le alcé el vestido, trataba de cubrirse y esto lo hizo varias veces, exclamando siempre: “¡Qué haces, vas a ir al infierno!” ²⁷.

²⁶ Positio super martyrio, pp. 212-216.

²⁷ Positio super martyrio, pp. 155-157.

Asunta refiere: Un mes antes del delito, Alejandro se mostraba brusco con María, dándole órdenes fastidiosas con ánimo de disgustarla, pero María hacía lo que le decía, manifestando su disgusto, a veces de palabra o a veces llorando, teniendo que consolarla. Un día, apenas había traído el agua de la fuente, Alejandro tomó un poco y la derramó por tierra, diciéndole a María que fuera a traer agua de nuevo. María no quería ir y lloró diciendo: “La he traído ahora mismo”. Yo misma le recriminé a Alejandro y su padre intervino, diciendo: “¡No quieres cansar a tus hijos!”. Y le dije a María: “Ten paciencia, pronto tendrá que irse al ejército”. Y María obedeció de inmediato. Nunca me di cuenta de que la tentase o que le dijera palabras inconvenientes o amorosas. Sólo cuando sucedió el delito le pregunté a María desde cuánto tiempo la tentaba y ella me respondió que desde hacía un mes y en dos oportunidades anteriores...

El 5 de julio de 1902 yo me encontraba en la era con los Serenelli y mi hijo Angelo para trillar las habas. María me llamó para ultimar los detalles del almuerzo. De acuerdo con los Serenelli, fui a casa y, cuando todo estuvo listo, los llamé y todos comimos tranquilamente como de costumbre. Una hora después del mediodía, se retomó el trabajo. El viejo Serenelli dijo a su hijo Alejandro y a mi hijo Angelo que fueran a uncir los bueyes para la trilla. Alejandro, antes de salir de casa, en presencia de todos, le dijo a María: “Hay una camisa mía para remendar”. María, a media voz, preguntó dónde estaba y él añadió: “Sobre mi cama, y también están los remiendos”. Y esto lo dijo con tranquilidad.

Después de media hora de retomar el trabajo, el viejo Serenelli me dijo: “Asunta, me voy a echar un poco a la sombra a descansar”. Yo le respondí: “Vaya, yo me haré cargo de todo”. Y él se fue a descansar a los pies de la escalera de la casa sobre la desnuda tierra. Al poco rato, Alejandro me dice: “Asunta, sube al carro de los bueyes que voy un momento a casa”. Y yo, sin maliciar nada, le dije que sí. Subí a la carreta. En una carreta estaba yo y en la otra mi hijo Angelo. Después de unas pocas vueltas, mis bueyes, quizás molestados por las moscas, se apartaron un poco en una bajada. Yo, espantada, grité: “¡Virgen mía, ayúdame; san Antonio bendito!”. Y los bueyes volvieron a su lugar, siguiendo la carreta de mi hijo. Al volver sobre la casa, oigo llorar a la pequeña Teresa.

María, después de arreglada la cocina, había tomado la camisa de Alejandro para remendarla y puso a dormir a la pequeña Teresa junto a ella en el rellano superior de la escalera de casa. Yo desde la era la veía, pero al oír llorar a Teresa no vi a María y, temiendo que la pequeña se hubiese caído por las escaleras, mandé a mi hijo Mariano, que estaba sobre la carreta conmigo que fuera a ver por qué lloraba Teresa y dónde estaba María. Yo no sospechaba nada. Mientras Mariano se iba, vi al viejo Serenelli que se había levantado de

donde estaba y subía corriendo las escaleras y Mariano aflojó el paso, sabiendo que ya había quien iba a ver lo sucedido. Vi al viejo Serenelli abrir la puerta de arriba y de pronto volverse y llamarme: “Asunta, ven arriba”. Y llamó también a Mario Cimorelli, que trillaba las habas en su era, diciéndole: “Mario sube también tú”. Cuando yo oí llamar a Mario, me asusté y dije: “¡Virgen mía, qué habrá sucedido en mi casa!”. Tanto yo como mis hijos, que estábamos en la era, dejamos todo y corrimos a casa, pero nos precedió Mario. Después llegó Teresa, la esposa de Mario, y los dos hermanos de Mario: Antonio y Domingo. Apenas llegué, vi a Mario que tenía en brazos, apoyada la cabeza sobre su espalda, a mi hija María. Viendo a mi hija como muerta en los brazos de Mario, grité y él trató de animarme diciéndome: “Calle, comadre, porque María se ha hecho daño”, no habiéndose dado cuenta ni él de lo que había sucedido.

Desde la cocina llevaron a María a su cama. Yo la seguí y me vino a la mente la idea de que había sido violada por Alejandro, que no estaba presente, así que la descubrí para asegurarme de la sospecha y vi que había sido herida en el vientre. Yo di un gran grito y me llevaron fuera de la cocina sobre el rellano. Los Cimorelli me decían que convenía llevar a María a su casa, porque ellos temían la ferocidad de Alejandro, pero yo me opuse: “No, no, yo estaré con María. Ella debe quedarse aquí. Si la ha matado a ella, me matará también a mí”²⁸.

Mario Cimorelli declaró: Yo llegué a casa después del viejo Serenelli y él, mostrándome a María, que yacía en tierra, me dijo: “Ella dice que la ha herido mi hijo, pero él no está aquí”. Recogida del suelo con los vestidos llenos de sangre, la acomodé en la cama de su madre. Entonces llegó mi esposa Teresa junto con Asunta y yo comencé a fajar sus heridas. Mi esposa le preguntó a María qué había pasado y ella respondió: “Alejandro quería levantarme la falda, yo me opuse y me golpeó con un punzón. Quería hacerme cometer un grave pecado y yo no he querido”²⁹.

Domingo Cimorelli añade: Cuando llegué a la casa de los Goretti, ayudé a mi hermano Mario a levantar a María por los pies y colocarla en su cama y vi que tenía los vestidos llenos de sangre. Mi hermano me pidió ir a ver al patrón Mazzoleni para que me diera un caballo e ir de inmediato a llamar al médico. Así lo hice, pero el patrón me ordenó regresar a casa y lavar las heridas con una pastilla de sublimato, diciendo que él mandaría a otro para traer a la Cruz Roja y a los carabineros. Poco después llegaron los carabineros y, abierta la puerta de su cuarto, encontraron a Alejandro sobre su cama, enteramente vestido³⁰.

²⁸ Positio super martyrio, pp. 81-84.

²⁹ Ib. pp. 166-168 y 129-130.

³⁰ Positio, Documenta, p. 116.

Alejandro, llevado por los carabineros, esposado y amarrado a dos caballos, tardó dos horas en llegar a Neptuno. Durante el camino mucha gente, que ya se había enterado del suceso, lo insultaba y le tiraba piedras. En el atestado del carabinero Leonardo Ruggeri dice: *Para dar a entender que había cometido el crimen en un momento de exaltación mental, declaró que tenía un hermano loco en un manicomio y que su madre había muerto loca* ³¹.

Por su parte, Asunta manifestó: *Mi hija me dijo que había pedido ayuda, cuando estaba siendo herida, pero que no la había dejado hasta no verla caída en el suelo, cerca de la puerta de la cocina, donde había sucedido todo. Y que después se retiró Alejandro a su habitación y ella había tenido la fuerza de levantarse y llamar a Giovanni Serenelli, diciéndole que su hijo la había herido... También me dijo que, después de ser herida, ella se levantó y quiso gritar, pero él le puso la mano en la garganta y la golpeó con el punzón en la espalda y no la dejó hasta que la vio caer como un cuerpo muerto* ³².

Giovanni Serenelli exclamó: *“Asunta, no ha sido mi Alejandro”*. Y yo le respondí: *“Pues, ¿quién ha sido?”*. Entonces Mario Cimorelli, al oír aquella clara mentira, quiso darle de bofetadas ³³.

El carabinero Eduardo Formica declara: *Cuando el arrestado llegó al cuartel, estaba sudando la gota gorda, le quité las esposas, y él me pidió agua para beber. Yo le hice notar que no la merecía por el delito cometido. Pero me conmoví y le di de beber* ³⁴.

EN EL HOSPITAL

Refiere Asunta: *Antes que mi hija fuese llevada al hospital, el patrón Mazzoleni me hizo llamar y, al encontrarlo, me di cuenta de que escondía por detrás un punzón. Yo entendí que era el arma que había herido a mi hija y dije: “Esa es el arma que ha herido a mi hija”. Vi que la punta estaba un poco torcida. Él me dijo que convenía que acompañara a mi hija al hospital, pero le hice observar que no podía abandonar a mis otros cinco hijos y me aseguró que él pensaría y se los encomendó a los Cimorelli. Subí a la ambulancia, tirada por caballos, y me senté en el asiento, a los pies de la camilla donde iba mi hija. A lo largo del trayecto los de la ambulancia me prohibieron hablar. Solo cuando vimos a Alejandro, atado entre los caballos de dos carabineros, no pude menos*

³¹ Alberti, *Alessandro*, p. 125.

³² Documenta, *Positio super martyrio*, pp. 105-106.

³³ *Positio super martyrio*, pp. 129-130.

³⁴ *Positio super martyrio*, p. 138.

de exclamar: “Ése es el asesino”. Mi hija no decía nada, pero en cierto momento me preguntó: “¿Cuánto queda para llegar?”. Yo le aseguré que era poco, pues ya se veía Neptuno. Me pareció bastante aliviada y no abatida. Llegamos al hospital a las ocho de la tarde. Mientras esperábamos que se abriese la sala operatoria, María pedía un poco de agua, diciendo repetidamente: “Tengo sed”, pero no se le pudo dar, porque debía operarse.

La operación duró desde las ocho hasta las diez. Fue realizada sin anestesia, dada las condiciones de la paciente, que estaba muy grave y había perdido mucha sangre. La operaron los doctores Bartoli, Perotti y Onesti. No estuve presente, me quedé en el pasillo. El capellán del hospital de los Fatebenefratelli me preguntó, si éramos cristianos. Yo le respondí: “No faltaba más”. “Ahora antes de operarla, la confesamos”. Y yo acepté con agrado. Recuerdo que durante la operación, el capellán salía de rato en rato de la sala operatoria para animarme. Terminada la operación, pregunté al doctor si podía estar con mi hija. Él me lo permitió, recomendándome de no hacerla hablar y avisando a mi hija de que estaría con ella. Al entrar, apenas me vio, exclamó: “Mamá”. Y yo, acercándome a su cama, le pregunté cómo estaba. Me respondió: “Bien, mamá”. Y preguntó por sus hermanos y hermanas. También me preguntó si me quedaría con ella toda la noche. Y, habiéndole dicho que el doctor no me lo permitía, dijo: “Y ¿dónde vas a dormir?” Yo la dejé casi a medianoche y me quedé con Mario Cimorelli en la misma ambulancia que había quedado en Neptuno. Apenas se hizo de día, regresé al hospital. Me di cuenta que la gente hablaba en voz baja y de una persona oí que decía: “Ha muerto” y yo, pensando que se trataba de mi hija, di un grito y me desvanecí. Cuando recobré los sentidos, estaba acomodada sobre una piedra, donde me quedé algunos minutos. Cuando vinieron a mi encuentro Mario Cimorelli y un servidor del hospital, yo les pregunté si era verdad que ya había muerto y me hicieron entrar antes de la hora al hospital para que con mis propios ojos constataste que no era verdad.

Al verla de nuevo, lo primero que le pregunté era cómo estaba y ella con poca voz me respondió que estaba mejor. Me preguntó dónde había pasado la noche y varias veces, a lo largo del día, me preguntaba sobre mis hermanitos, que deseaba ver. Conmigo estaban para cuidarla una enfermera y dos religiosas hermanas de los pobres. Hacia las nueve de la mañana vino el doctor a curarla y yo debí salir de la habitación. Entonces llegaron los carabineros para hacerle algunas preguntas. Después de un cuarto de hora, me llamó el doctor y conmigo entraron los carabineros. A petición del doctor, le pregunté si otras veces Alejandro la había tentado. Ella respondió que otras dos veces. Yo dije: “Virgen mía, ¿por qué no se lo has dicho a tu mamá?”. Y ella: “Me había dicho que me mataría, si lo decía. Y me ha matado lo mismo”.

- Y ¿desde cuánto tiempo?
- Desde hace un mes.

En ese momento le pregunté al doctor si había hecho una cosa y otra: deshonrarla y masacrarla. Y el doctor me aseguró que mi hija estaba intacta y virgen, diciéndome: “No dude, está como ha nacido”.

Yo no asistí a la inscripción de mi hija en la Congregación de las hijas de María en el lecho de muerte como me refirieron las religiosas que la asistían, pero he visto con mis ojos en su cuello la medalla con su cinta celeste. También me dijeron las religiosas que había comulgado ³⁵.

MUERTE DE MARÍA

Nos dice Asunta: Varias veces durante el día me di cuenta de que María miraba el cuadro de la Virgen que estaba suspendido en la pared y, un poco antes de expirar, pidió ser llevada a la cama vecina para estar más cerca del cuadro de la Virgen. Viendo que no lo hacíamos, dijo: “¿Por qué no me queréis hacer ir con la Virgen?”. Supe del religioso farmacéutico del hospital que él, después de la comunión, le había preguntado a María si perdonaba. Y ella respondió: “Sí, lo perdono y lo quiero junto a mí en el paraíso” ³⁶.

El padre Leo Turco refiere en el Proceso: Sé que el día de su muerte dos de nuestros padres (pasionistas), el padre Antonio Buzzelli y el padre Antonio Grossi, se acercaron a visitar a María al hospital y dijeron que, antes de morir, repetía las palabras: “No me toques, que vas al infierno”. Y que, al preguntarle si perdonaba al asesino, respondió: “Yo lo perdono” ³⁷.

El médico Francisco Bartoli, que la atendió en su casa después del delito y en el hospital de Neptuno, afirmó que invocaba frecuentemente a Jesús y a María y conservaba plenamente sus facultades mentales ³⁸.

Fray Clemente Windirck declaró: La oí repetidamente invocar a la Virgen y pronunciar palabras de perdón para el agresor... He oído al capellán del hospital, padre Martín Guijarro, que hizo una santa confesión y que había recibido la unción de los enfermos y la comunión como viático ³⁹.

³⁵ Positio super martyrio, pp. 84-87.

³⁶ Positio super martyrio, pp. 132-133.

³⁷ Ib. pp. 90-91.

³⁸ Ib. pp. 78-79.

³⁹ Ib. p. 92.

Anota Asunta: Vi varias veces cómo el capellán del hospital se acercaba a su lecho para sugerirle alguna jaculatoria y una vez le insinuó que perdonase. En el momento de su muerte, no estaba el sacerdote en la habitación. Y, habiendo oído los lloros, entró, exclamando: “No creía que moriría en este momento”... Poco antes de expirar, dijo: “¡Teresa!”, a pesar de que yo estaba a su lado y parecía que ya no me conocía. Entonces una enfermera, que estaba a su lado, le tomó la mano y dijo: “Teresa no está”. Y María expiró plácidamente. Eran alrededor de las tres de la tarde.

Inmediatamente me alejaron, no sólo de la habitación, sino hasta del hospital. Me recobré en una casa de Neptuno, acompañada de Mario Cimorelli; y en la tarde volví a Le Ferriere con mis hijos, donde permanecí en casa de los Cimorelli sin poner pie en mi casa ⁴⁰.

Los doctores Francesco Bartoli, Francesco Basso y Luchesi certificaron que en el reconocimiento del cadáver, haciéndole la autopsia, se verificaron 14 heridas externas de arma penetrante y 4 pequeñas contusiones. De las heridas externas, cuatro fueron penetrantes en el tórax e hirieron el pericardio, el corazón y el pulmón izquierdo. Cinco heridas penetraron en la cavidad abdominal y perforaron el intestino. La causa de su muerte fue una peritonitis séptica a causa de las heridas intestinales y la grave hemorragia producida por las numerosas heridas ⁴¹.

LOS FUNERALES

Asunta declaró: Yo no asistí a los funerales, pero he sabido del señor Mazzoleni que fueron muy solemnes. Asistió una gran multitud. Muchos habían venido desde Roma. Hubo gran número de asociaciones y autoridades. El arcipreste y párroco de Neptuno, don Signori, arengó al pueblo, poniendo en evidencia el heroísmo de la jovencita, que fue sepultada en el cementerio de Neptuno ⁴².

El alcalde, a pesar de ser de izquierda radical, ofreció una tumba gratuita en su honor. En el ayuntamiento de Anzio, casi todos anticlericales, ensalzaron en una sesión plenaria la valentía de María. El comandante de los carabinieri, Lorenzo Fantini, dijo al párroco de Neptuno: *María Goretti es una maravilla*. Todos quedaron impresionados del fervor de la multitud y del homenaje tributado en su honor.

⁴⁰ Ib. pp. 87-89.

⁴¹ Positio, *Documenta*, p. 107.

⁴² Ib. p. 90.

Y Asunta añade: *El párroco de San Roque de Roma, conociendo el hecho por los periódicos, no sólo vino a los funerales, sino que se interesó por nuestra familia. Me llamó a Roma, me hospedó en su casa durante 15 días y se preocupó de colocar a mi hija Ersilia en el Instituto de las Zoccolette y, después de un año, también a mi hija Teresa, en las misioneras de María, en Grottaferrata. Y en tres ocasiones pagó los gastos del viaje* ⁴³.

En 1918 Ersilia y Teresa regresaron a Corinaldo. En 1920 Teresa entró como religiosa en las religiosas misioneras franciscanas de María.

En 1929 Asunta asistió en Neptuno a la traslación de los restos de María al santuario de la Virgen de las Gracias. Ese mismo año 1929 empezó a trabajar con el nuevo párroco de Corinaldo, padre Francisco Bernacchi, en la casa parroquial, donde estuvo hasta 1944. Este año se fracturó el fémur y quedó inactiva. Se fue a vivir a casa de Ersilia y allí estuvo los últimos 10 años de su vida. En 1947 asistió en Roma a la beatificación de María. En 1950 asistió también en Roma a su canonización.

Alejandro y Asunta se encontraron por última vez en 1954. Se fotografiaron juntos y reconocieron que ambos habían envejecido mucho. En octubre de ese año 1954, Ersilia le mandó un telegrama a Alejandro, diciendo que Asunta estaba muy grave. Fue a Corinaldo, pero ya había muerto el ocho de octubre. Murió a los 88 años de edad. Muchos sacerdotes, seis obispos y gran cantidad de fieles le rindieron honores. Fue sepultada en el cementerio de Corinaldo. Años más tarde sus restos fueron llevados a la cripta del santuario de Santa María Goretti de Corinaldo y actualmente se encuentran en la cripta del santuario de la Virgen de las Gracias de Neptuno, para que las que estuvieron unidas en vida pudieran estarlo también simbólicamente después de la muerte.

Con relación a sus hijos, hermanos de María, podemos decir que el primero, Tonino, murió a los ocho meses de nacido; Angelo, el mayor, emigró a Estados Unidos en 1910. Trabajó en una mina y después en una tintorería. En 1916 llamó a su lado a su hermano Alessandro, quien murió de pulmonía al año siguiente a los 22 años. Mariano también fue a Estados Unidos, pero regresó para ir al servicio militar. Luchó en la primera guerra mundial y después volvió a Estados Unidos, pero regresó definitivamente a Italia, trabajando como campesino. Murió en 1975. Por su parte, Angelo había regresado en 1914 para casarse con Rosa Staroni, una amiga de Corinaldo, y con ella regresó a vivir a Estados Unidos. Regresó en 1950 para la canonización de su hermana María y

⁴³ Ib. p. 255.

también en 1964, pero murió estando de vacaciones en Corinaldo de un infarto. Sus hijos lo repatriaron a Estados Unidos.

Ersilia se casó en 1922 con un albañil de Corinaldo y tuvo tres hijos. En su casa vivió su madre Asunta los últimos diez años de su vida por estar inmovilizada en silla de ruedas, debido a una caída y rotura del fémur, cuando tenía 78 años.

Teresa se hizo religiosa franciscana misionera de María en 1920, cambiando su nombre por sor María de San Alfredo. Murió en 1981, dos años después de su encuentro con el Papa Juan Pablo II en Neptuno, adonde fue el 10 de septiembre de 1979. El mismo año 1981 murió también Ersilia.

EN LA CÁRCEL

Alejandro fue trasladado el 6 de julio de 1902 de Neptuno a Roma, a la cárcel Regina Coeli. Desde ese momento, ya no lo llamaron por su nombre, sino por el número 3142. Nos dice: *Me pusieron aparte y pasé horas de tremenda angustia, días de llanto, porque me daba cuenta de que todo había sucedido por culpa mía. Me hice amargas reflexiones, pero ya era demasiado tarde. El 8 de julio fui interrogado por el juez instructor (Francesco Basso) y después otras veces por jueces y abogados, que para mí fue un suplicio* ⁴⁴.

A fines de julio vino a visitarme mi padre. Estaba anonadado, ¡pobre hombre! Me llevó un cesto de fruta, me animó y me dio un poco de dinero. No lo vi más ⁴⁵. Una de las primeras cosas que hizo en la cárcel de Roma fue confesarse⁴⁶.

El proceso comenzó el 11 de octubre 1902 y terminó el día 15. En la mañana del 15 de octubre se leyó la pericia psiquiátrica del profesor Mingazzini, en la que termina afirmando: *“Mató a la joven únicamente, porque no quiso condescender a sus deseos carnales y la prueba de ello son sus mismas declaraciones. Es cierto que si hubiese sido correspondido, no habría tenido aquella ira que tenía cuando la veía y no la habría herido”*. Estas palabras demuestran luminosamente la verdadera causa del crimen.

El 15 de octubre de 1902 Alejandro fue condenado a 30 años de prisión. Dijo sobre esto: *La impresión que me produjo la sentencia, aunque era*

⁴⁴ Alberti, Alessandro Serenelli, p. 163.

⁴⁵ Ib. p. 180.

⁴⁶ Ib. p. 223.

previsible, fue tremenda. Habría preferido ser muerto y sepultado. Mis ideas defensivas (de estar loco o querer matarla para pasar la vida en la cárcel a costa del Estado, porque no podía vivir en la miseria) no fueron aceptadas. Pero quedaron en las Actas y echaron una sombra de duda sobre la santidad de María Goretti. Si yo hubiese muerto, cuando me agarró la fiebre española en 1918 en Augusta, no hubiera podido cancelar esa calumnia, pero se ve que Dios quería santa a María ⁴⁷.

Ese mismo día, 15 de octubre de 1902, dice Asunta: *Para mí fue un día malo para recordar. Alejandro estaba delante de mí. Fue condenado a 30 años. Me dio lástima. Al final me preguntaron si perdonaba al asesino. Respondí que sí. Todos comenzaron a gritar: “Yo no lo perdonaría”. Les dije: “¿Y si Jesús no nos perdonase tampoco a nosotros?”* ⁴⁸.

DECLARACIÓN Y RETRACTACIÓN

Alejandro en su declaración del día 8 de julio de 1902 en la cárcel *Regina Coeli* de Roma manifestó: *Me llamo Alejandro Serenelli, hijo de Giovanni Serenelli y de Cecilia Mangoni, de 20 años, de Paterno (Ancona) y residente en el Agro Romano, en la finca de Le Ferriere de Conca, soltero y nunca condenado ni militar...*

Un día del mes de junio, aprovechando la ausencia de su madre, traté de unirme carnalmente con su primera hija, de nombre María Goretti. Le levanté la falda, pero ella opuso resistencia y yo, al dejarla marchar, le ordené no decir nada a su madre, pues de otro modo la mataría. Esto fue un capricho de un momento... Viendo que, a pesar de trabajar, estaba siempre en la miseria, pocos días antes del 5 del presente mes tomé la determinación de matar a la Goretti para ir a la cárcel y vivir a expensas del Estado.

De hecho, el día cinco, a las tres de la tarde, mientras estaba trillando las habas en la era en un carro tirado por dos bueyes, le hice subir a la madre para que continuara el trabajo, porque tenía necesidad de ir a casa. Al pasar cerca de mi padre, que estaba sentado junto el establo, le pregunté si estaba bien de salud, ya que sabía que estaba indispuesto. Él me respondió que tenía fiebre. Entré en la casa sin decir nada a María, que estaba remendando una camisa mía. Yendo a la última habitación donde había hierros viejos, tomé un punzón afilado por Luigi Goretti y que había traído de “Las Marcas” para coser escobas. Después con un brazo arrastré a María a la cocina y cerré la puerta. Le

⁴⁷ Ib. pp. 191-192.

⁴⁸ Ib. p. 210.

levanté la falda por la parte anterior, no porque quisiera atentar contra su honor, sino para mejor llevar a efecto mi propósito. Ella, pensando que quería atentar contra su honor, asustada, pareció querer ceder a mis deseos lascivos, pero como mi pensamiento era sacrificarla, le golpeé con el punzón sobre su desnudo vientre. Ella consiguió levantarse, llamando a su madre en su ayuda y, mientras ella me volvía la espalda, yo le di otros golpes con el punzón. Después ella cayó a tierra y yo creí que estaba muerta. Me retiré a mi habitación y me eché en mi cama, esperando a los carabineros. Estando en mi cama, sentí varias veces que golpeaban a la puerta pero no abrí. Con un empujón mi padre abrió la puerta y me preguntó qué había hecho, pero no le respondí.

Cuando llegaron los carabineros, me pusieron las esposas y me preguntaron dónde estaba el arma y no les respondí. Después el señor Mazzoleni me obligó a hablar y yo le indiqué el cajón detrás del cual había tirado el punzón. Domenico Cimarelli lo encontró todavía lleno de sangre y lo entregó a los carabineros... Ahora estoy arrepentido del hecho cometido. Confieso que una vez intenté unirme carnalmente con ella. No tengo testigos en mi descargo ⁴⁹.

En esta declaración ante el juez, se ve claramente que quiere defenderse y dice: Tomé la determinación de matar a la Goretti para ir a la cárcel y vivir a expensas del Estado... Ella, asustada, pareció querer ceder a mis deseos lascivos, pero como mi pensamiento era sacrificarla, le golpeé con el punzón. También quiso disculparse, como si no hubiera sido consciente, porque lo hizo en un momento de exaltación mental, pues era algo de familia, ya que su madre y su hermano Gaspar habían muerto en un manicomio. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los jueces no cayeron en la trampa y consideraron que él era consciente y culpable y que el móvil del asesinato había sido claramente el deseo carnal y la negativa de la joven.

La primera vez que se retractó de las declaraciones ante el juez fue en noviembre de 1930, cuando Armida Barelli fue a visitarlo, después de haber salido ya de la cárcel. Él le dijo textualmente: Ciertos delitos no se pagan nunca suficientemente...

Dijo: “María Goretti era verdaderamente un ángel de niña. Inocente como el agua. Era tan piadosa, buena y servicial que era una niña modelo”. Le preguntamos si era cierto que, mientras la golpeaba con el punzón, ella, en vez de parar los golpes, se preocupaba de cubrir sus miembros y salvar el alma del asesino, diciéndole: “Alejandro, tú haces un pecado, vas a ir al infierno”. Respondió: “Lamentablemente es verdad” ⁵⁰.

⁴⁹ Positio super martyrio, pp. 108-111.

⁵⁰ Positio super martyrio, pp. 153-154.

En otra ocasión aclaró: *Yo no pensaba en casarme con María y tampoco me decidí a matarla por rencores y venganzas de asuntos de familia, porque se vivía de acuerdo. Todo fue sólo por causa de mi pasión... También es falso lo que se lee en las Actas del proceso criminal y, especialmente en la pericia médica, de que yo maté a María para ser mantenido por el gobierno. También contradigo lo que se lee en la pericia médica en lo que se refiere al sí, sí, proferido por la sierva de Dios. Como ya he dicho repetidas veces, el sí, sí lo hizo preceder y seguir de la frase “Dios no quiere estas cosas, tú vas al infierno”. Yo no pensé ni remotamente que el sí, sí quisiera decir que consentía a mis deseos*⁵¹.

*Niego absolutamente que yo quisiera cometer tal acción para ir a la cárcel y asegurarme el pan por muchos años. El único y verdadero motivo fue atentar contra su pudor y, si no aceptaba como las otras veces, matarla. Niego totalmente que ella, aterrorizada, dijera sí, sí, como si quisiera decirme: “No me hagas mal que consiento”. Más bien dijo: “No, no” con decisión firme y lo mismo, cuando le alcé el vestido, repitiendo varias veces: “Dios no lo quiere, tú vas a ir al infierno”. Niego que yo había pensado matarla aunque hubiese correspondido a mis deseos carnales. No le alcé el vestido para hierla mejor, sino para desfogar mi pasión...Tampoco tuve en mente el poder casarme un día con ella, tanto más que todavía era muy pequeña de edad ni tenía una belleza que me atrajera, ni dio nunca ocasión con cualquier sonrisa o expresión que me provocara la pasión*⁵².

VIDA CARCELARIA

Él escribe: *El número 3142 era mi matrícula y nada más. Mi condena comprendía tres años de soledad total. Esta segregación es algo que hace enloquecer (menos mal que ahora está suprimida). No puede haber pena mayor. Siempre solo con tus pensamientos, siempre en silencio. Una hora sola de paseo en el patio interno y siempre solo y en silencio. Algo para enloquecer y muchos enloquecieron*⁵³.

Su celda era de dimensiones mínimas, de piedra sin labrar. Tenía una ventanilla con barras, demasiado alta para poder ver algo. También tenía un catre, una escudilla de arcilla, un jarro de estaño y un cubo. Los guardianes no le dirigían la palabra y estuvo en total aislamiento sin poder leer.

⁵¹ Ib. pp. 221-222.

⁵² Ib. p. 158.

⁵³ Alberti, Alessandro Serenelli, pp. 217-218.

En febrero de 1903 fue trasladado de Roma a la cárcel de Noto (Sicilia). Después de 12 meses de total aislamiento, le concedieron hablar a media voz con otros prisioneros. Pasados tres años de aislamiento, ya pudo hablar con el capellán y el director de la cárcel, ambos buenas personas, de las que guardará buen recuerdo toda la vida. El director escuchaba a todos con paciencia y siempre tenía pan o algo para regalarles. El día de san Conrado, 28 de agosto, venía su esposa y daba a todos con sus propias manos un racimo de uvas de su viña y les dirigía palabras de aliento. El capellán era anciano y siempre ayudaba y escuchaba a todos, dándoles objetos de devoción y hasta tabaco a los que fumaban.

Alejandro fue un buen reo. Al principio encoló cajas de cerillas. Le pagaban 20 céntimos por cada mil. Después pasó a preparar fibras de las palmas para la fabricación de cuerdas: raspaba las hojas con un gran peine de madera de tres filas de dientes de hierro cortantes.

Dice: En los primeros 18 años hice trabajos de muchos oficios, mozo sillero, cargador, barrendero, etc. Los peores días eran aquellos en que no había nada que hacer. El director quiso que aprendiera el oficio de carpintero, pero yo no quería, me sentía sofocar, yo quería trabajar al aire abierto y no podía estar en sitio cerrado. Me castigó por no querer aprender, pero me escuchó y me mandó a trabajar a los campos... Nunca perdí la esperanza de salir. Compraba pan, fruta, pero vino no. Nunca recibí nada de nadie. Sólo mi hermana Lucía, la mayor de los hermanos, me mandaba cinco o diez liras y alguna vez hasta veinte y me escribía siempre. Era mi único gran consuelo, constante y regular, que tenía de los familiares. Mi padre murió en 1918 a los 81 años. Él me escribía cada uno, dos o tres meses. Su muerte me la comunicó el capellán y aquel día me dispensaron del trabajo. Mi hermano Vincenzo me escribía desde América, pero nunca me mandó nada ⁵⁴.

Cuando la guerra de 1915-1918, primera guerra mundial, el director les pidió a los presos contribuir con un préstamo para la victoria. Él prestó 100 liras al interés de cinco por ciento y, cuando salió en 1929, le restituyeron mil cuatrocientas liras. En la cárcel lo pasó mal, aunque él nunca participó en revueltas por causa de la mala comida o de las continuas inspecciones.

EL SUEÑO

Allí, en la cárcel de Noto, tuvo un sueño con María: Lo cuenta el mismo Alejandro en un documento que se conserva en el archivo del convento

⁵⁴ Ib. pp. 221-223.

pasionista de Scala Santa, en Roma: *Era el último año de mi prisión celular. Hubiera enloquecido de tantos sufrimientos. Turbaban mi mente ideas de desesperación cada vez más violentas, cuando una noche tuve un sueño en el que, de pronto, me vi en un jardín. Sobre un campo de flores blancas y lirios veo descender a María, bellísima, vestida de blanco. Recogiendo lirios me los ofrece a mí y me dice: “Tómalos”, y me sonríe como un ángel.*

Animado por esta sonrisa y sin pensar siquiera en arrodillarme y pedirle perdón, acepto uno a uno los lirios hasta no poder recibir ya más en mis brazos. Entonces me doy cuenta de que aquellos lirios se iban transformando en llamas. María me sonríe nuevamente y desaparece. Yo despierto y me digo lleno de confianza: “Ahora también yo me salvo. María ha venido personalmente a verme y a otorgarme su perdón. Estoy seguro de que ella ora por mí”. Desde aquel día no siento ya el horror de antes por mi vida. Todo esto sucedió a finales del año 1906.

DECLARACIÓN DE NOTO

En 1909 le comenzaron a llegar publicaciones en las que hablaban de María como de una santa. Dice: *Cuando leí que me había perdonado antes de morir, me impresionó muchísimo y lloré*⁵⁵.

En noviembre de 1910 el obispo de Noto fue a visitarlo a la cárcel y le pidió que escribiera una carta de arrepentimiento. El 10 noviembre de 1910 escribió con ayuda de un compañero de prisión la siguiente carta: *En un momento de aberración mental* (estas palabras consideró en declaraciones posteriores que no eran exactas, porque estaba lúcido y consciente) *he cometido un homicidio tan bárbaro que ya la ley ha castigado... Era demasiado joven y tenía poco conocimiento de la vida, lo que me llevó a dar semejante paso que hoy lamento amargamente. Doblemente lamento el mal realizado, porque tengo la conciencia de haber quitado la vida a una pobre inocente, que hasta el último momento quiso mantener a salvo su honor, sacrificándose antes que ceder a mis deseos, que me llevaron a dar un paso tan terrible y deplorable.*

*Públicamente detesto el mal realizado y pido perdón a Dios y después a la pobre y desolada familia de la asesinada por lo que he cometido. Quiero esperar que yo también podré obtener el perdón como tantos otros en esta tierra*⁵⁶.

⁵⁵ Alberti, Alessandro Serenelli, p. 227.

⁵⁶ Ib. p. 269.

Esa carta, dirigida al obispo de Noto, el mismo obispo de Noto se la envió al obispo de Senigallia, quien se la remitió a don Marinelli, párroco de Corinaldo, y él la leyó a todos sus fieles. Hubo comunicación epistolar entre Corinaldo y la cárcel de Noto y hasta le enviaron la biografía escrita por don Marini con algunas copias de la revista *Vera Roma* con noticias de milagros obtenidos por intercesión de María.

LA LIBERTAD

Después de estar 15 años de cárcel, pudo solicitar su traslado a campos de trabajo. En el verano de 1918 fue enviado a la cárcel de Augusta (Sicilia). Apenas llegado a Augusta, se enfermó de la fiebre española, que en Europa mató a millones de personas. Él escribió: *El médico no me hizo nada o casi nada. Recuerdo que visitaba a prisa y fumaba siempre. Al reflexionar ahora, pienso que fue el dedo de Dios quien me mantuvo en vida. Si hubiese muerto entonces, no habría podido retractar las calumnias que había puesto a María en el tribunal. Calumnias que habrían podido impedir su canonización. Pobrecita, ella era inocente como el agua. Era como matarla una segunda vez, pero Dios no lo permitió y me conservó la vida*⁵⁷.

En la primavera de 1919, después de 10 meses, fue trasladado a Cerdeña, a la cárcel de Mamone, donde estuvo hasta 1924, y después a Alghero, de donde salió libre. El 7 de marzo de 1929 el director del penal le comunicó que le habían condonado oficialmente tres años y que estaba libre. Afirma: *Recibí el agradecimiento de todos los presos. Se hizo fiesta con menestra, carne y vino. El 11 de marzo de 1929 salí de la cárcel con un traje nuevo que me envió mi hermano. Los presos me saludaban y decían: “Sale como un señor”. Después de 27 años por fin libre*⁵⁸.

Tenía ya 47 años, aunque parecía de 60 o más. Estaba desdentado, calvo, con los pocos cabellos blancos y con las mejillas hundidas.

LIBERTAD VIGILADA

Los tres primeros años de libertad debían ser de libertad vigilada sin poder salir de noche ni frecuentar lugares públicos. Desde Alghero en Cerdeña fue en barco, vigilado y esposado, hasta la cárcel *Regina Coeli* de Roma, donde pasó

⁵⁷ Ib. pp. 238-239.

⁵⁸ Ib. p. 244.

seis días en cárcel de tránsito. El 18, también esposado, fue llevado en tren hasta Ancona, donde debía presentarse al cuartel de policía cada domingo para firmar. El 21 de marzo se encontró con su hermano Pedro, que lo veía después de 30 años. En Torrette conoció a sus sobrinos. Estuvo dos años viviendo allí con su hermano, haciendo algunos trabajos. Varias veces Pedro le planteó la posibilidad de casarse y le presentó a cierta Valeria conocida. No aceptó y le propusieron otras alternativas, pero ya estaba acostumbrado a estar solo y no quería comprometerse con nadie. El problema principal para él era encontrar un buen trabajo, pero muchos que lo conocían tenían prejuicios. Algunas semanas trabajó de ayudante de jardinero, después como peón y, sobre todo, de jornalero, durmiendo en establos y mal comido. En la cárcel comía más y mejor.

Siguió trabajando donde podía. Un día una mujer le hizo propuestas deshonestas. Él dice: *Era florida y un poco fogosa y, si no hubiera tenido juicio, hubiera sucedido un error. Pero, cuando uno ha sido picado por una serpiente, tiene miedo hasta de una lagartija* ⁵⁹.

NAVIDAD CON ASUNTA

En Navidad de 1934 Asunta, que trabajaba en la casa parroquial de Corinaldo, le pidió a don Bernacchia invitar a Alejandro a celebrar con ellos la Navidad. Alejandro trabajaba en Ósimo. Alejandro declaró: *Acepté de buen grado. Sabía que en la casa parroquial estaba como ama de llaves Asunta y deseaba encontrarme con ella y pedirle perdón por mi delito* ⁶⁰.

En la vigilia de Navidad, muy de mañana, tomó el tren. Llegó a Corinaldo al atardecer. Se dirigió a la casa parroquial, tocó el timbre y esperó. Salió Asunta y él le dijo:

- Asunta, ¿me conoces? Soy Alejandro.

Asunta lo miró a los ojos y lo reconoció. Salió en ese momento don Bernacchia y le hizo pasar. Y entre la puerta de entrada y la cocina, con el sombrero en la mano, se arrodilló y le dijo: *“Asunta, te pido perdón por todo el mal que hice a tu familia”*.

- Te ha perdonado Dios, te ha perdonado María y te he perdonado yo.

⁵⁹ Ib. p. 251.

⁶⁰ Ib. p. 254.

*Un largo abrazo selló aquel momento extraordinario. A la mañana siguiente fueron juntos a misa y comulgaron. Dice Alejandro: “Estaba feliz, me parecía haber encontrado en la tierra el afecto de mi pobre mamá”*⁶¹.

NUEVA RECTIFICACIÓN

En 1935 estaba trabajando en la finca del señor Bontempi cerca de Ósimo, y allí fue a buscarlo el padre Aurelio de la Pasión el 7 de noviembre con un sacerdote de Corinaldo y el párroco de Ósimo.

Al nombrarle a María Goretti, se emocionó y se secó una lágrima. Y dijo: *La culpa es toda mía*. Esta frase la dijo tres veces a lo largo de la conversación.

Anota el padre Aurelio: *Le anuncié que con el tiempo la pequeña mártir sería declarada santa y que su palabra sería importante. Respondió: “Es mi deber. Debo reparar y debo hacer todo lo que esté en mi poder por su glorificación. La culpa es toda mía, porque me dejé llevar como ciego de una pasión brutal y ella hizo bien en resistir para conservar su inocencia. Ella era inocente. En aquellos tiempos las niñas no eran como ahora: eran sencillas, buenas, sobre todo en el campo. María era buena y, para conservar su pureza, prefirió caer bajo la mano de un asesino... Reconozco que yo era una bestia al querer deshonrarla para desahogar una baja pasión... Muchas veces, cuando por la noche no puedo dormir, pienso: “Si en el paraíso hay mártires, ella es la primera... ¡Con todo lo que le he hecho!”*⁶².

CON LOS CAPUCHINOS

En 1936 la providencia hizo que el padre capuchino Luigi de Monterado quisiera ayudarlo y le obtuvo un puesto de trabajo en el convento de Ambro. El padre Luigi le mandó para el viaje 22 liras. Este santuario-convento, es el más antiguo de *Las Marcas* y, después de Loreto, el más frecuentado. Alejandro escribió: *Este convento, lugar apartado del mundo con sus claustros silenciosos y con la iglesia, ha sido para mí durante largos años como un oasis para el sediento o el refugio para el navegante*⁶³.

Él era el encargado de cultivar el huerto, algo que le gustaba mucho. Allí pasó algunos años hasta que hubo un desagradable incidente: *Un sirviente del*

⁶¹ Ib. p. 255.

⁶² Declaración del padre Aurelio de la Pasión del 7 de noviembre de 1935.

⁶³ Alberti, *Alessandro Serenelli*, p. 296.

convento, un tal Mugnetto, ya anciano, fue despedido, porque se emborrachaba y hacía algunas malas acciones. Pero para quedarse inventó una estratagema. Simuló que le habían robado sus ahorros de 4.000 liras. Puso la denuncia y llegaron los carabinieri. Dice Alejandro: “Yo y un compañero joven, de nombre Troiani, fuimos considerados sospechosos. Me presenté solo en el cuartel de policía. El guardián, sorprendido, dijo: “No es normal que uno se presente espontáneamente en el cuartel” Como yo había estado en la cárcel, sospecharon de mí y no creyeron en mis palabras de inocencia. Decía el jefe: “Confiesa, no te voy a denunciar, porque hasta ahora has tenido buena conducta. Confiesa, devuelve el dinero y te dejo libre”. Pero yo no tenía nada que confesar. Estuve quince días en la cárcel. El padre Luigi daba fe de mi inocencia, pero nadie me creía por mi pasado. Entonces oré a María y un día, después de una revisión, encontraron las 4.000 liras. El anciano hortelano fue arrestado y confesó todo. Yo fui liberado. El Superior, padre Rafael, apenas regresé al convento me dijo: “No puedes estar más aquí, debes buscarte otro trabajo” ⁶⁴.

Regresó a Corinaldo a casa del párroco, que lo alojó varios días, buscando una solución. Escribió a varias direcciones y las respuestas llegaron pronto: una de los pasionistas de San Marcello de Jesi y otra de los capuchinos de Ascoli Piceno. Alejandro, que ya conocía a los capuchinos, decidió ir a Ascoli Piceno, al famoso convento de San Serafín.

Allí estuvo por casi veinte años. Afirma: *Desempeñé varios oficios: primero el trabajo en la huerta y después, desde 1945, portero del convento. Abrir y cerrar las puertas y contentar a todas las personas no es cosa fácil, cuando los años pesan sobre las espaldas; y subir las escaleras cientos de veces al día era para mí un verdadero sacrificio, teniendo que ejercitar la paciencia* ⁶⁵.

En 1947 quise asistir a la fiesta de beatificación de María en Roma, pero el padre encargado de acompañarme, murió y se canceló el viaje. Acepté la invitación para asistir a la fiesta que se hizo en Corinaldo. Llegué a Corinaldo desde Senigallia. Hablando con otro pasajero, le dije que venía de Ascoli Piceno. Y me preguntó:

- ¿Allí vive el asesino de María?
- Sí, lo he sabido.
- ¿Lo conoce?
- Sí, lo conozco bien.
- ¿Es verdad que se ha hecho capuchino?
- No, no es religioso, es un trabajador como yo.

⁶⁴ Ib. pp. 298-299.

⁶⁵ Ib. p. 303.

Llegado a Corinaldo, fui a la casa de Ersilia, donde vivía Asunta. Todos estuvieron felices de verme, sobre todo los sobrinos de María, que me veían por primera vez. Asunta me presentó con estas palabras: “Este señor es el que abrió las puertas del cielo a la tía María. Gracias a él ahora es beata. Quedé sorprendido de tanta delicadeza”⁶⁶.

MUERTE EJEMPLAR

Alejandro, el 15 de febrero de 1956 se cayó al bajar un escalón de la iglesia y se fracturó el fémur derecho. Estuvo alojado en la enfermería del convento de Macerata desde el 17 de noviembre de 1956 hasta el 6 de mayo de 1970 en que murió. El Superior escribió sobre él: *Durante los años que ha vivido en esta enfermería se le ha notado siempre un espíritu de oración, igual o superior a la de un buen religioso. Siempre a tiempo en la capilla para las prácticas de piedad y para la comunión. Incluso fuera de horario estaba frecuentemente en la capilla en oración. En su habitación leía libros y revistas que había en la sala de lectura. Era un apasionado lector. Sufría mucho de las piernas por la mala circulación de la sangre, pero nunca se quejaba de sus achaques y trataba de ser útil a los otros pacientes.*

En su última enfermedad, que lo hizo estar tres meses en cama, estaba sereno y resignado. Cuando le hacían curaciones dolorosas, solía decir: “Virgen mía, cuánto me duele”, pero no tenía muestras de impaciencia. Cuando alguien lo visitaba, se despedía con una señal “hasta el cielo” y con la promesa de rezar por ellos.

Fue un hombre arrepentido de su pecado, que afrontó sus años de cárcel con la serenidad de saber que Dios lo había perdonado y también su víctima; teniendo la certeza de tener en el cielo una protectora. En sus últimos momentos, el padre Gilberto, que estaba junto a él rezando las oraciones de los agonizantes, notó que tenía los ojos fijos en un punto de la pared. Un segundo antes de expirar cerró los ojos y la boca con una actitud serenísima y así quedó hasta el momento en que se cerró el ataúd en la cámara mortuoria del cementerio en la tarde del 8 de mayo”⁶⁷.

Los funerales tuvieron lugar el día 8 a las 9:30 a.m. con una misa celebrada por el Superior y dos sacerdotes capuchinos. Fue enterrado en el cementerio de Macerata en la tumba N° 15109, que él mismo había comprado

⁶⁶ Ib. pp. 304-305.

⁶⁷ Ib. pp. 329-331.

algunos años antes. Tiene una lápida con su fotografía en que está escrito: *Alessandro Serenelli. Nacido el 2 de junio de 1882. Muerto el 6 de mayo de 1970.*

CARTA DE ALEJANDRO A LOS JÓVENES

Soy viejo, con casi 80 años. Dando una mirada al pasado, reconozco que en mi juventud me fui por un camino equivocado. El camino del mal me condujo a la ruina. A través de revistas, periódicos y espectáculos, veía que los jóvenes iban en pos del placer, y yo seguí ese camino. Tenía a mi lado personas creyentes, que me daban buen ejemplo, pero estaba como ciego por la fuerza de la pasión, que me llevaba por malos caminos. A mis veinte años cometí el delito del que hoy me horrorizo sólo de pensarlo. Maté a María Goretti, llevado de la pasión carnal, porque ella no aceptó mis propuestas. María Goretti ahora es una santa de la pureza y ha sido un ángel bueno que la Providencia de Dios ha puesto en mi camino. Rezó por mí y me perdonó.

Estuve 29 años en prisión. Acepté la sentencia resignado, espié mi culpa. Durante esos años, María fue mi luz y mi protectora, y con su ayuda me convertí y he tratado de vivir honestamente. Los religiosos capuchinos me recibieron como hortelano en su convento desde el año 1936 y con ellos vivo. Ahora espero sereno el momento de llegar al paraíso, de abrazar a mis seres queridos y de estar cerca de mi ángel protector María Goretti.

Ojalá que aquellos que lean esta carta aprendan a huir del mal y de seguir el bien siempre, desde niños. Piensen en la religión, vivan según sus mandamientos, que es el camino seguro, incluso en los momentos más dolorosos de la vida ⁶⁸.

Pensemos: La vida no es un juego, hay que tomarla en serio, pues el vicio y el placer llevan a la ruina. Solamente en amar y hacer el bien se encuentra la verdadera felicidad. Vale pena vivir para amar y amar en plenitud, pues sólo se vive una sola vez y el tiempo es corto. Solo queda tiempo para amar.

EJEMPLO DE GHANDI

Testimonio de Gandhi, el líder de la independencia de la India: *Un día, mi amigo me llevó a un burdel. Me introdujo, dándome las necesarias instrucciones. Todo estaba arreglado. Ya habíamos pagado el precio. Entré en las fauces del*

⁶⁸ Carta de Alessandro Serenelli del 5 de mayo de 1961.

pecado, pero Dios, en su infinita misericordia, me protegió, pese a mí. Prácticamente, me quedé ciego y sordo ante el espectáculo del vicio. Me senté cerca de la mujer en la cama, pero tenía un nudo en la lengua que me impedía decir palabra. Ella, lógicamente, perdió la paciencia y me señaló la puerta, entre sarcasmos e insultos. Sentí entonces como si mi hombría hubiera sido insultada y deseé, de pura vergüenza, que la tierra me tragase. Desde entonces, no he dejado de darle gracias a Dios por haberme salvado... Pero ni siquiera eso fue suficiente para abrirme los ojos y hacerme comprender lo peligroso de la compañía de mi amigo. Quedaban muchas amargas heces reservadas para mí, hasta que mis ojos descubrieron la verdad, al contemplar algunos de sus vicios, por completo insospechados para mí... Yo era un esposo amante y celoso, y mi amigo encendía la llama de las sospechas con respecto a mi mujer. Nunca pude dudar de su veracidad. Pero jamás podré perdonarme la mucha violencia de que he sido culpable al darle disgustos a mi mujer, actuando bajo la influencia de mi mala compañía... El cáncer de la desconfianza fue únicamente desarraigado, cuando comprendí lo que era la castidad y sus consecuencias... Siempre que me acuerdo de esos días sombríos, llenos de dudas y recelos, maldigo una y mil veces mi estupidez y mi crueldad sensual, así como también deploro profundamente la ceguera que mantuvo mi amistad con aquel muchacho ⁶⁹.

Pero quizás algo insólito y que a los hombres de hoy los puede dejar sorprendidos es que, después de muchas luchas y de mucho pensarlo, hizo su voto de castidad perpetua de acuerdo con su esposa. Dice: Me costó mucho tiempo librarme de la lujuria y hube de pasar por muchas duras pruebas antes de lograr superarla ⁷⁰. Después de amplias discusiones y de muchas deliberaciones, hice mi voto en 1906. Hasta entonces, yo no había participado a mi esposa lo que pensaba y solamente le consulté en el momento de hacer la promesa. Ella no se opuso. Pero tuve grandes dificultades para adoptar la decisión definitiva. Carecía de las fuerzas necesarias. ¿Como iba a controlar mis pasiones? La eliminación de las relaciones carnales con la propia esposa parecía entonces algo muy extraño. Pero me lancé hacia adelante con fe en la ayuda de Dios. Cuando echo una mirada retrospectiva a los veinte años transcurridos desde que hice el voto, me siento invadido por el asombro y la satisfacción. La libertad y el júbilo que sentí después de formular el voto, jamás los había experimentado antes de 1906. Antes de hacer el voto, siempre me sentía al borde de verme tentado en cualquier momento. Luego, el voto en sí era un escudo seguro contra la tentación. La enorme fuerza de la castidad se me hacía patente cada día... Pero, si era motivo creciente de júbilo, nadie piense que me resultaba cosa fácil. Incluso, después de cumplir los cincuenta y seis años, seguía siendo difícil. Continuamente me doy cuenta que es algo así como

⁶⁹ Gandhi Mahatma, *Autobiografía*, Ed. Arkano books, Madrid, 2002, pp. 38-40.

⁷⁰ Ib. p. 46.

*caminar por el filo de una espada y advierto a cada instante la necesidad de mantener una vigilancia permanente... Después de regresar a la India, fue cuando comprendí que la castidad era imposible de lograr mediante el mero esfuerzo humano. Hasta entonces, yo me había esforzado con el convencimiento de que por sí sola, la dieta de frutas me permitiría desarraigar todas mis pasiones y me recreaba pensando que no tenía nada más que hacer. Por eso, permítaseme aclarar a aquellos que desean observar la castidad, que no tienen que desesperar, con tal que su fe en Dios se iguale a su confianza en el propio esfuerzo*⁷¹.

BENEDETTA BIANCHI (1936-1964)

Nació el 8 de agosto de 1936. Su padre era ingeniero hidráulico y su madre Elsa, era una mujer fuerte y profundamente religiosa a diferencia del padre. Antes que Benedetta, había nacido Leonida y después de Benedetta nacieron Gabriele Manuela, Corrado y Carmen. El 26 de mayo de 1944 a los 8 años Benedetta anotó en su Diario: *Qué bello es vivir*. El 18 de enero de 1948 con 12 años anota: *Es un invierno magnífico y me asombro de que el sol asome la cara todos los días sobre la tierra*. Un día le viene un dolor. Ya en el momento de su nacimiento había tenido una hemorragia y su madre, temiendo su muerte, la bautizó en casa con agua de Lourdes. A los tres meses de vida tuvo poliomielitis; que le dejó una pierna más corta que la otra y así quedará coja toda la vida, pero luchará por vencer esta limitación. A los 13 años, el 9 de julio de 1949, escribe en su Diario: *Esta mañana me he puesto por primera vez el busto y cómo he llorado. Me aprieta fuerte bajo las axilas y casi me quita la respiración, obligándome a estar con las espaldas hacia atrás. Antes yo me creía igual a los demás, pero ahora veo que nos separa un precipicio. No podré tener nunca piernas iguales y si no llevara el busto, tendría jiba. Pero en la vida quiero ser como los demás o mejor. Quiero llegar a ser algo grande*⁷².

Ella siente que sus sueños de ser algo grande se disipan como pompas de jabón. El 19 de agosto de 1944 escribe: *Camino muy mal y mi mamá me ha fajado la pierna*. Benedetta soñaba con un matrimonio con un príncipe azul o al menos con formar una familia feliz. Cuando su familia vivía en Sirmione, los domingos, después de la misa, se sentaban en una mesa al aire libre, algunos jóvenes le manifestaban su agrado de verla, pues era bella, pero, cuando se

⁷¹ Ib. pp. 207-211

⁷² Comastri Angelo, *Nel buio brillano le stelle*, Ed. San Paolo, Torino, 2005, p. 93.

levantaba cojeando, todos se alejaban y ella se daba cuenta de que la calle estaba en cierto modo cerrada para ella.

En 1953 acudía al Liceo clásico en Desenzano. Un día, durante la clase de latín, se dio cuenta de que no oía al profesor y comenzó a encontrar muros en su existencia, aunque quiso a toda costa superarlos. Estaba sorda y escribió el 1 de febrero de 1954: *Estoy muy triste y pienso que no podré resistir vivir sorda. Es preciso que encuentre un remedio lo antes posible* ⁷³.

A su amiga Ana Laura Conti le escribió: *Querida Ana, he recibido tus cartas. Tus palabras me animan y calman las tempestades de mi alma. Deseo abandonar las ondas del mar y poder refugiarme en la tranquilidad de un puerto. Mi barca es frágil, mis velas están destrozadas por el rayo y los remos rotos. Quisiera enfrentar el mundo con entusiasmo y ver que los hombres son buenos y las cosas bellas. Vale la pena vivir, pero me temo que todo sea ilusión y eso me hace temblar de desesperación. Me agito y lucho vanamente porque no quiero encontrar dolor donde espero todavía que pueda tener paz. No tengo confianza suficiente en mí y en los otros. Mis días son tristes y monótonos, no hay novedad, ningún entusiasmo, un poco de resignación y mucha infelicidad* ⁷⁴.

Ella se siente como una barca en medio del mar en una tempestad y desea la paz del puerto. Siente dentro tentación de suicidio para terminar de una vez con todos sus sufrimientos y problemas. María Grazia Bolzoni, compañera de la universidad, recuerda que un día, mirando la amplia terraza de apartamentos en que vivía en Milán durante sus estudios de medicina, le confió que estaba tentada de terminar para siempre, tirándose por la ventana ⁷⁵.

El 24 de abril de 1954 escribió a su amiga Ana Laura: Me canso siempre de todo. Hay momentos en que me atormentan miles de preguntas. A veces pienso que me cansaré hasta de la felicidad y de la eternidad. Cómo necesito de tu ayuda. Deseo mucho la verdad, no deseo más que esto, pero nadie sabe nada. Estoy en un camino equivocado, de esto sí me doy cuenta. Estoy espiritualmente cansada, tengo necesidad de descanso, de paz absoluta, de silencio, de un lugar sin conocer a nadie y dentro de poco deberé volver a Milán.

En 1953 con 17 años se inscribió en la universidad para estudiar medicina. Eso fue el principio de muchas humillaciones que debió soportar. Cuando salía de la universidad, iba al Instituto de sordomudos donde aprendió a leer las palabras pronunciadas, siguiendo el movimiento de los labios. Este ejercicio le

⁷³ Ib. p. 94.

⁷⁴ Ib. p. 95.

⁷⁵ Ib. p. 96.

exigió mucho esfuerzo de concentración. Al principio llegaba a casa muy cansada. Era como aprender una lengua difícilísima. Quería comunicarse con los demás a toda costa. En su primer examen estaba tensa y nerviosa, no porque estuviera mal preparada, sino temía que la profesora se diera cuenta de su sordera y le hiciera preguntas. En las primeras preguntas respondió rápidamente y parecía como un libro impreso. La profesora pensó que se había aprendido todo de memoria y le dijo: Señorita, este es su primer examen, pero recuerde que la universidad no es una escuela de papagayos.

Benedetta entendió y, cuando regresó a su casa, tenía las mejillas con lágrimas, pero decidió seguir adelante, diciendo: *Me basta con llegar al final como el último de los médicos.*

En el verano de 1955, después de meses de estudio,, afrontó el examen fundamental del primer bienio, que era de Anatomía. Era uno de los más difíciles. El profesor le preguntó sobre la parte teórica, la más difícil. Ella dudaba. El profesor estaba mal dispuesto y ella no le entendió algunas palabras, se avergonzó y se puso roja, se excusó y trató de explicarse diciendo: *Sufro de una especie de nerviosismo y estoy en cura con un psicoanalista. Los compañeros se reían. Benedetta les dice: Les ruego que me tengan paciencia, espero curar. Si pudiera hacerme las preguntas por escrito... El profesor gritó: "Qué paciencia, ni paciencia. ¿Se ha visto alguna vez a un médico sordo?"*.

Y tiró el folleto universitario contra la puerta. Ana, su joven empleada, vio todo y se inclinó para recogerlo. Benedetta le dijo: *Le pido disculpas. No quería ofenderlo.* El profesor se quedó mudo y los compañeros hicieron silencio. Habían entendido que Benedetta no estaba bromeando ⁷⁶. Al día siguiente, le dice a su mamá que el profesor no había aceptado hacerle el examen.

Su madre se indignó y fue a reclamar. Le dijeron que podía dar el examen en el mes de noviembre. Benedetta respondió bien a las preguntas, era inteligente y estaba preparada. El profesor la felicitó y le tendió la mano. Ella estaba feliz, porque lo consideraba una gran victoria. Pero mientras iba a su casa sintió un fuerte dolor en la cabeza y la vista comenzó a desvanecerse. Ella gritó a Dios: *Señor, mis ojos no.*

El 8 de febrero de 1955 algunos médicos creían que se trataba de un bloqueo psicológico y durante un año debió someterse a un inútil martirio de exámenes psicológicos. El doctor Leonardo Gui la operó para acortar el fémur izquierdo unos 4 cms y así pudiera andar sin cojear, pero resultó inútil. El 27 de junio de 1957 la operaron durante 5 horas para quitarle, un neurinoma del nervio

⁷⁶ Ib. p. 98.

acústico. Le cortaron los cabellos y se sintió como mujer muy triste. Confió a su madre: *Mientras me cortaban los cabellos, me sentía como un corderito al que le cortan la lana y rezaba al Señor para que me hiciese fuerte y pequeña. He sufrido mucho y le he pedido al Señor ser una ovejita en sus manos*⁷⁷.

El 4 de agosto de 1959 la operaron de la médula espinal. Pero no produjo el efecto esperado y Benedetta quedó definitivamente paralizada de las piernas. Desde ahora vivirá permanentemente en cama o en un sillón. Después perdió poco a poco el gusto, el tacto y el olfato.

En 1962, va por primera vez a Lourdes a pedir a la Virgen su curación, prometiéndole que se hará religiosa. A su lado, en la gruta de Lourdes, ve a una joven de 22 años paralítica, que llora desesperada y ella la consuela y reza por ella. Esta joven es completamente curada ante su vista, dejando la camilla y volviendo a caminar después de 2 años. Ella queda muy emocionada y agradecida a Dios. Por eso, escribió en su Diario: *En nuestra peregrinación ha habido una curación milagrosa. ¡Qué emoción y qué alegría! La misericordia de Dios no tiene fronteras.*

El 28 de febrero de 1963, después de una operación a la cabeza, queda ciega. La llevan por segunda vez a Lourdes y allí recibe el milagro de su conversión. Descubre que su verdadera vocación es la cruz y que debe ofrecer sus sufrimientos por la salvación del mundo. Ella acepta su misión y, a partir de ese momento, se la ve más alegre y entregada a Dios.

A una religiosa, Sor Dominica, le escribe en la vigilia pascual de 1963: *Mis días son largos y fatigosos, pero con la divina gracia consigo descansar abandonada en los brazos de Cristo. Me parece estar con Él en una celda cerrada, pero de camino hacia un puerto, donde la paz es segura y eterna. Y me derribo de ternura al subir, porque me da la impresión de que Él me lleva de la mano.*

En carta a su amiga Ana en mayo de 1963 le escribe: *Vivo como en un desierto silencioso. Por lo demás, pronto sonará la campana y Él acudirá por fin a mi encuentro. Si en algún momento, me viene el temor, le digo: **Quédate, Señor, conmigo, porque anochece. Estoy ciega, sorda y casi muda, pues fatigosamente me doy a entender, pero Dios está conmigo y me siento bien. Y yo le digo: Me has marcado, Señor, con el fuego de tu amor y yo te amo, Señor.***

A su amigo Natalino le escribe: *Tengo 26 años y estoy enferma desde niña. Cuando tenía 17 años estudiaba Medicina en la Universidad. Pero, cuando*

⁷⁷ Ib. p. 100.

estaba a punto de doctorarme, no pude terminar mis estudios y mi casi doctorado me sirvió para diagnosticarme a mí misma, ya que todavía nadie había entendido de qué dolencia se trataba. Tengo una neufrimatosis difusa o enfermedad de Recklingshausen.

Mis días no son fáciles, son duros, pero dulces, porque Jesús está conmigo. Él me ofrece ternura en mi soledad y luz en mis tinieblas. Él me sonríe y acepta mi colaboración en su plan de salvación del mundo entero.

El 22 de abril, ya totalmente ciega, dicta una carta a su amiga Francis: En la tristeza de mi sordera y en la oscuridad de mi soledad he buscado con voluntad ser como Dios quiere: pequeña, pequeña. A veces siento su inmensa grandeza en la noche oscura de mis días tristes. Corto la tentación de desear el calor del sol. Lo llamo junto a mí como si mi cama fuese una pequeña gruta o una celda desierta y él debiera ayudarme a salir y enseñarme a cumplir el plan sobre mi vida, que es amar el sufrimiento y ayudar a todos los que vienen a visitarme y me piden oraciones.

Al padre Casolari le dice: En estos últimos días estoy peor de salud. Espero que la llamada de Dios no se haga esperar. Mi mente gracias a Dios está lucida, pero estoy muy cansada. Casi no siento las palabras. Me siento espiritualmente todavía en pie a la espera de responder Presente a su señal. Le diré que ya he sentido su voz, la voz del esposo. Soy lenta en las oraciones y en los coloquios con el Señor y me ofrezco igualmente con humildad. Él está en mí y me guiará a hacer su voluntad hasta el fondo.

Entre los actos de amor de su vida está por ejemplo el levantar el ánimo del doctor Umberto Merlo, gravemente enfermo, que no tiene fe y levantar el ánimo del joven Natalino que no podía entender que Dios lo amara, dándole la enfermedad grave que lo tenía paralizado en cama permanentemente. Y el día que muere Umberto, ella lo sabe, ¿cómo? No sabemos, ni ella lo ha dicho, pero parece que Dios le concedió en la medida de su crecimiento espiritual algunos dones sobrenaturales. Desde su cama de enferma hacía mucho bien con sus oraciones y el ofrecimiento de sus limitaciones y dolores. Muchos venían a visitarla para pedirle oraciones, pues habían comprendido que de ella salía una luz sobrenatural y que Dios estaba con ella y, a pesar de todo, podía sonreír y amar a todos, en particular a sus familiares y a sus amigos y visitantes, que le pedían oraciones.

Cuando estaba para morir, un pajarito se posó en su ventana y Dios le devolvió su voz nítida. La enfermera se dio cuenta del cambio y dijo a su madre: *Benedetta se muere*. Se adormentó y se fue al cielo. Su última palabra fue *Gracias*. El papa de Benedetta corrió a verla, cuando lo llamaron. El rostro de

Benedetta había quedado bello y expresivo como cuando tenía 16 años ⁷⁸. El día de su muerte una rosa blanca floreció en el jardín de su casa en pleno invierno.

Benedetta había vencido la gran batalla contra el egoísmo y el orgullo y había abierto a Dios la puerta del amor y la confianza, que la hizo humilde, sencilla y confiada en el Papá Dios.

Su madre dijo: Cuando ella murió me pareció que yo hubiese quedado huérfana. Era yo la hija que había perdido a su mamá. Porque ella había sido nuestra guía. Me sentí de improviso privada de su guía, privada de su ayuda y de su mano. Estaba como perdida en un mar en tempestad, sin un punto de apoyo. Ella era para todos con su humildad y sencillez una guía espiritual.

Sus restos fueron enterrados en la abadía de San Andrés en Dovádola (Italia) y sobre su sepulcro escribieron: *No muero, sino que entro en la vida.*

Pensemos: *Ella muere a los 28 años sin haber podido culminar sus estudios de Medicina, y muere totalmente paralítica, sorda y ciega. Ella es una de tantos profetas de Dios en este mundo, que nos habla de que lo importante no es la salud o el dinero o realizar grandes obras materiales, sino amar, amar totalmente y sin descanso con un corazón entero a Dios y a los demás. Aprendamos a ver la vida desde la perspectiva de Dios. Por eso, ella acostumbraba a repetir la letra de un canto espiritual negro, que dice: “A veces, me siento como un águila en el aire. Una mañana luminosa y bella dejaré el fardo y extenderé las alas y surcaré el aire. Podréis sepultarme al este o al oeste, pero aquella mañana los ángeles desplegarán sus alas y yo oiré el trepidar de las santas trompetas y volaré al infinito de Dios ”.* Allí nos espera ella, hagámonos dignos de su compañía.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído estos tres testimonios que hemos expuesto, podemos decir con sinceridad: Dios es nuestro Padre del cielo. Él nunca nos hará daño ni se goza con nuestros sufrimientos, pero lo que más desea es que nosotros podamos pedirle la santidad. Él quiere que seamos santos y, si se lo pedimos de verdad, aunque nos sintamos verdaderamente débiles y pequeñitos ante el sufrimiento, si confiamos en él, con toda seguridad que nos bendecirá mucho más de lo que podemos pedir o desear. Dios, nuestro Papá celestial, nunca se va a dejar ganar en generosidad. Él nos paga bien nuestros esfuerzos por mejorar. El

⁷⁸ Ib. p. 115.

Realmente Dios es maravilloso, así lo han entendido todos los santos sin excepción. Papá Dios quiere que seamos santos, pero no hay santidad sin amor, y el amor significa sufrir por los que amamos. Por eso, él permitirá que tengamos algunos sufrimientos que nos irán santificando para que al fin de la vida podamos lograr un gran nivel de amor, es decir, de santidad, del que gozaremos por toda la eternidad. Qué mejor regalo este de la santidad para amar con un grado elevado de amor por los siglos de los siglos.

Gracias, Padre mío, te quiero con todo mi corazón.

&&&&&&&&&&

42